SISTEMAS DE REINO

OSVALDO REBOLLEDA

SISTEMAS DE REINO

OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
Con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa

rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.
No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.
Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.
Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.
Edición general: **EGE**
Revisión literaria: **Autores argentinos**
Revisión solo ortográfica **- IA**
Diseño de portada: **EGEAD**
Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción……5

Capítulo uno:

Sistemas que trascienden lo visible……..11

Capítulo dos:

Sistemas de manifestación……24

Capítulo tres:

Sistemas de impacto profundo…….37

Capítulo cuatro:

Sistemas Proféticos……...48

Capítulo cinco:

Sistemas de la cultura del Reino……..62

Capítulo seis:

Sistemas de Gobierno espiritual……...74

Capítulo siete:

Sistemas de Poder del Reino de Dios……89

Conclusión Final……..102

Reconocimientos……..106

Sobre el autor……...108

INTRODUCCIÓN

"Y este evangelio del Reino será predicado en todo el mundo para testimonio a todas las razas, Y luego vendrá el fin"
Mateo 24:14

Vivimos en una era de enormes tensiones, tanto naturales como espirituales. La humanidad clama por respuestas en medio del dolor, la injusticia, la corrupción y la confusión moral. Los modelos políticos se tambalean, los sistemas sociales fracasan y la cultura cambia a un ritmo vertiginoso. Todos anhelamos un mundo mejor, pero la mayoría ha perdido la esperanza de ver una verdadera transformación global.

En medio de este escenario complejo y desafiante, surge una verdad eterna que promete cambios reales: el Reino de Dios. Los hijos de Dios no debemos poner nuestra esperanza en "casitas" edificadas en el cielo para habitar en familia. Esa fábula cristiana nos ha hecho mucho daño, pues ha desviado nuestro enfoque de los propósitos de Dios para la tierra y Su gobierno sobre ella.

La Biblia es clara al prometer y describir un gobierno de Cristo en la tierra. Sin embargo, ha sido más fuerte el deseo de "ir al cielo" que el compromiso de transformar los

ambientes terrenales conforme al Reino. Cuando Jesús dijo: ***"En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros"*** **(Juan 14:2)**, no se estaba refiriendo a nuestras casas, sino a la casa del Padre. Las muchas moradas son para Dios, no para nosotros. Jesús estaba a punto de ir a la cruz, y es en esa obra consumada donde planificaba limpiar a los seres humanos para convertirnos en moradas de Dios en el espíritu **(Efesios 2:22)**.

Jesús declaró que el Padre moraba en Él **(Juan 14:10)**, y que el propósito era que también pudiera morar en cada uno de los que habrían de creer en Él. Recordemos que eso no fue posible hasta que Él consumó Su obra en el Calvario. Por eso prometió: ***"Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros"*** **(Juan 14:16 al 18)**.

El mundo necesita una Iglesia capaz de resistir hasta la venida del Señor, manifestando y expandiendo el Reino de Dios. Ciertamente, Jesucristo traerá la plenitud del Reino en Su regreso, pero nosotros debemos vivir y extender sus sistemas desde ahora. Esa es nuestra misión, y este libro tiene el objetivo de ayudarnos a cumplirla.

Un sistema es un conjunto de elementos interrelacionados que trabajan unidos para lograr un

propósito específico. El Reino de Dios es tan amplio y glorioso que no puede analizarse como un simple sistema de gobierno, sino como un gobierno compuesto por múltiples sistemas.

Los sistemas están compuestos por elementos que interactúan entre sí. Cada uno tiene una estructura definida que permite que sus componentes funcionen de manera coordinada. Además, los sistemas poseen límites que incluyen o excluyen distintos elementos. Los sistemas abiertos interactúan constantemente con su entorno, mientras que los cerrados limitan ese intercambio. El Reino contiene ambos tipos de sistemas.

Los sistemas tienen la capacidad de mantener estabilidad a pesar de los cambios externos, y como veremos, aunque sean espirituales, tienen una existencia tangible. Este libro identificará algunos de los sistemas que permiten la manifestación efectiva del Reino. Creo firmemente que la Iglesia no debe ignorarlos. En este desafío radica la trascendencia de este material.

Jesús vino al mundo anunciando no simplemente una salvación futura, sino un Reino presente. Su mensaje no fue una invitación a una religión, sino el anuncio de que el gobierno de Dios había llegado por medio de Su vida, muerte y resurrección. El Reino de Dios no es un ideal utópico ni una simple metáfora espiritual. Es el poder soberano del Creador interviniendo en la historia humana: restaurando lo que el

pecado ha dañado, trayendo luz donde hay tinieblas y levantando una nueva humanidad bajo el señorío de Cristo.

Durante siglos, la Iglesia ha debatido cómo debe relacionarse con el mundo. Algunos han optado por el aislamiento, buscando pureza mediante la separación. Otros han caído en el extremo opuesto, comprometiendo la verdad del Evangelio en nombre de la relevancia cultural. Este libro propone una tercera opción: vivir el Reino de Dios con fidelidad espiritual y compromiso social. Así como nos guardamos en el Reino de toda influencia externa, debemos también manifestarlo para bendecir al planeta que estamos llamados a amar.

No podemos predicar un Cristo que salva almas y olvidarnos de las sociedades que sufren. Tampoco deberíamos abrazar causas sociales vacías de contenido divino. La Iglesia está llamada a predicar a Cristo y vivir como Cristo. Eso significa ser sal y luz en todas las esferas de la sociedad: en los barrios y en los gobiernos, en la cultura y en las escuelas, en los hospitales y en los hogares. La transformación social no es un fin en sí mismo, sino un fruto del Reino que habita en nosotros.

No estoy hablando de redimir los sistemas terrenales para que glorifiquen a Dios, porque, proféticamente, el reino de las tinieblas continuará avanzando y se manifestará con fuerza antes de la venida del Señor. Hablo de resistir, trabajando para que los sistemas del Reino penetren todos los estratos de la sociedad, a pesar de las hostilidades, de manera

que cuando nuestro Señor regrese, encuentre una Iglesia gloriosa.

A través de estas páginas, exploraremos cómo el Reino de Dios debe impactar nuestro modo de vivir y servir. Abordaremos temas como la compasión en la comunidad, la justicia desde el corazón de Dios, la participación responsable en la política, la influencia cristiana en la cultura y el arte, y la necesidad urgente de mantener un testimonio espiritual vibrante en medio del servicio social.

Mi intención no es presentar un programa de activismo cristiano, sino renovar la visión del Reino que Jesús enseñó. Un Reino que comienza en lo invisible, en el corazón transformado, pero que no se detiene allí. El Reino de Dios se manifiesta en la manera en que tratamos al prójimo, en cómo defendemos al débil, en la integridad con la que trabajamos, y en el amor con el que construimos comunidades.

Ruego que el Espíritu Santo use este libro para despertar en cada cristiano que lo lea una convicción firme: el Reino de Dios no es solo una esperanza futura, sino también una misión presente. Como hijos del Rey, hemos sido enviados a vivir y extender Su Reino hasta que Él venga. Este libro tiene la virtud de entregar entendimiento y sabiduría para lograrlo, solo espero que le puedan brindar un tiempo de calidad para su lectura. Estoy seguro que serán desafiados a pensar y actuar bajo una clara mentalidad de Reino.

"Me es necesario anunciar el evangelio del reino de Dios a otras ciudades también, porque para esto he sido enviado"
Lucas 4:43

Capítulo uno

SISTEMAS QUE TRASCIENDEN LO VISIBLE

"Mi Reino no es de este mundo"
Juan 18:36

En un mundo donde lo tangible y lo inmediato parecen tener la última palabra, hablar de un Reino invisible puede sonar extraño para la mayoría de las personas; aunque no debería ser así para los hijos de Dios. Jesús fue claro cuando le dijo a Pilato que su Reino no era de este mundo. Su declaración no significaba que su Reino fuera irrelevante o meramente espiritual, sino que su origen y autoridad provenían del cielo, no de los sistemas humanos. Esto no es algo místico para nosotros, sino una realidad espiritual en la cual debemos vivir cada día.

El Reino de Dios no es un concepto difuso ni meramente religioso, sino una realidad espiritual con consecuencias visibles y prácticas. Es el gobierno activo de Dios, establecido en el corazón de quienes hemos creído,

pero con el poder de transformar realidades externas: familias, comunidades, ciudades y naciones.

"El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio."
Marcos 1:15

En la experiencia personal de cada creyente, el Reino de Dios llega primeramente al corazón. Esto no sucede por voluntad propia, sino por elección divina, por la gracia soberana que nos es otorgada en Cristo. No comienza a través de leyes ni de estructuras religiosas, sino en nuestro espíritu. Es allí donde ocurre la transformación más radical, llevándonos de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz, del pecado a la santidad, del orgullo a la humildad, de la autosuficiencia a la dependencia de Dios.

No deseo en este libro desarrollar cómo llega el Reino a nuestra vida ni cómo se produce la regeneración, porque eso ya lo he tratado extensamente en otros libros. Por ejemplo, en "Salvados por Su gracia", "Gracia divina" o "La revolución de la gracia y la verdad", detallo profundamente algunas cuestiones clave. Recomiendo la lectura de alguno de esos libros para un entendimiento sólido de los fundamentos de nuestra salvación.

Ahora bien, esta transformación, fruto de la madurez espiritual, no permanece como algo privado o meramente interior. Cuando el Reino gobierna nuestro corazón, comienza a manifestarse externamente: en la forma en que

tratamos a nuestra familia, en cómo actuamos en el trabajo, en la manera en que usamos nuestro dinero, en cómo ejercemos nuestros compromisos sociales, en cómo servimos o educamos. El Reino de Dios reordena nuestra vida y transforma nuestros ámbitos de acción bajo la voluntad del Rey.

Un ejemplo muy utilizado para ilustrar esta transformación es la vida de Zaqueo **(Lucas 19:1 al 10)**, ya que, ante la visita de Jesús, recibió tal convicción que determinó devolver todo lo que había tomado de manera abusiva del pueblo judío. Recordemos que Zaqueo era publicano, es decir, un recaudador de impuestos que oprimía a su gente para complacer a los romanos, quedándose además con un buen porcentaje de esa presión impositiva.

Está bien que se cite esta situación, porque Zaqueo le dijo al Señor: ***"He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado"***. Y ante esto, Jesús respondió: ***"Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham"***. Sin embargo, sabemos que Jesús aún no había consumado Su obra en el Calvario. Es decir, Zaqueo tuvo convicción ante Jesús, al igual que muchos otros, pero en ese momento, no pudo recibir una vida nueva, sino que se alineó a las promesas como judío.

Un mejor ejemplo de la llegada de la vida de Cristo y del Reino sobre una persona es el de Saulo de Tarso, quien camino a Damasco cayó bajo el poder de Dios, recibiendo la

gracia soberana que le otorgó la nueva vida e introduciéndolo en el Reino de Dios.

El Reino que anunciaba Jesús, que recibieron los discípulos después de la crucifixión, y que todos nosotros experimentamos a partir de la regeneración, no es algo simbólico, sino real y activo. Cuando recibimos la vida de Cristo, somos vivificados por el Espíritu, de manera que, en Cristo, podamos vivir una vida bajo el gobierno de Dios.

El Reino no implica nuestro gobierno sobre el mundo, sino el gobierno de Dios sobre nosotros. Luego sí, conforme a nuestra obediencia al gobierno divino, ejerceremos autoridad sobre situaciones, circunstancias y ámbitos espirituales. Nuestra capacidad de gobierno siempre será proporcional a nuestra capacidad de obediencia a la voluntad divina.

Jesús es nuestro gran ejemplo, porque caminó en obediencia al Padre, dejándose conducir en todo tiempo por el Espíritu Santo. Por tal motivo, sanaba a los enfermos, liberaba a los endemoniados, restauraba corazones, gobernaba la naturaleza y proclamaba esperanza para todos los que se acercaban a escucharlo. En cada milagro, en cada parábola, en cada confrontación con fariseos o demonios, Jesús manifestaba el Reino de Dios.

Jesús no vino a instaurar una nueva religión, ni un nuevo partido político capaz de confrontar al Imperio romano. Él vino a establecer el Reino eterno de Dios, un

Reino diferente, pero no desconectado de las realidades humanas. Enfrentó el pecado, la injusticia, el dolor y el rechazo, demostrando que Su Reino, aunque no pertenezca a este mundo, es capaz de afectarlo todo.

Nosotros, hoy en día, portamos la vida de Cristo y somos ciudadanos del Reino de Dios. El mundo entero está bajo el gobierno del maligno, pero nosotros, como Iglesia, vivimos bajo el gobierno de Dios. No tenemos que establecer el Reino, porque eso ya lo hizo Jesucristo; nosotros debemos manifestarlo, porque el Reino ya es una realidad en nuestras vidas.

Como Iglesia, corremos tres grandes riesgos: uno es espiritualizar tanto el Reino que lleguemos a reducirlo a una experiencia interior sin implicancias prácticas; otro riesgo es tratar de manifestarlo solo a través de un activismo evangélico, desarrollado puertas adentro en nuestras congregaciones; y el tercero es creer que vamos a gobernar todos los sistemas del mundo.

Reitero que Reino es vivir bajo el gobierno de Dios, para hacer Su voluntad y solo Su voluntad. Hay sistemas en este mundo que no tienen posibilidad de redención. Nosotros podemos afectar todos los sistemas y podemos ser luz en todo estrato de la sociedad. Reitero: Podemos afectar positivamente todos los sistemas, pero nuestro objetivo siempre debe estar enfocado en vivir bajo el gobierno del Padre.

Cómo vimos, el Reino no es de este mundo, pero impacta todo ámbito en el cual se manifiesta. Cuando Jesús dijo: ***"Mi Reino no es de este mundo"***, no estaba diciendo que su Reino no tuviera efecto sobre este planeta, sino que no tenía el mismo origen, ni operaba con los mismos principios. Los sistemas operativos del Reino son absolutamente diferentes, y entenderlos nos puede hacer efectivos para la vida.

El Reino de Dios no se impone con violencia, sino con amor. No se edifica con poder humano, sino con fe. No se mantiene con control político, sino con la autoridad del Espíritu Santo. No busca seguidores por manipulación, sino por impartición de vida. No pretende transgredir la justicia terrenal, pero tiene su propia justicia. No procura debatir ideas, sino que expresa la única verdad eterna.

Los primeros cristianos también son un gran ejemplo para nosotros. Ellos no tenían templos, ni plataformas sociales, ni protección legal. Sin embargo, transformaron el Imperio romano porque vivían bajo el Reino de Dios, no me refiero a que cambiaran el gobierno de Roma, sino que afectaron a la sociedad. Amaban a los pobres, rescataban a los huérfanos, cuidaban a los enfermos, predicaban con poder, y estaban dispuestos a morir antes que negar al Señor.

Hoy en día necesitamos volver a esa visión respecto del Reino. Debemos vivir bajo la revelación de un diseño corporativo: una comunidad de discípulos unidos de manera sobrenatural y radicalmente rendidos al Rey. Debemos

vernos como un pueblo de gente que vive y predica la verdad, que ama con pasión al Rey y que puede vivir confrontando espiritualmente toda oposición.

A diferencia de los reinos terrenales, que se expanden con guerras, tratados y conquistas, el Reino de Dios avanza por la fe. No se ve a simple vista, pero sus efectos son innegables y tan profundamente poderosos que no pueden ser detenidos por nada ni por nadie.

"El Reino de Dios no viene con advertencia… porque el Reino de Dios está entre vosotros"
Lucas 17:20 y 21

Cada vez que alguien se convierte, el Reino avanza. Cada acto de obediencia, de justicia, de misericordia, de perdón, es una semilla del Reino. La Iglesia es la embajada de ese Reino, y nosotros, sus embajadores. Si en verdad pensamos que el Reino se reduce a una congregación que se junta a realizar reuniones todos los domingos, es porque no hemos entendido absolutamente nada.

Cuando una congregación ora, sirve a los necesitados, predica con fidelidad y vive en unidad, está mostrando una porción visible de ese Reino invisible. Pero el Reino es muchísimo más que eso. Ser Iglesia no es solo asistir a un templo, sino ser la expresión viva del Reino de Dios en medio de una sociedad caída.

El tema es que el Reino no se expande con voluntarismo evangélico, sino a través de la vida espiritual y mediante los sistemas legales que Dios ha preparado para su funcionamiento. Entender estos sistemas y funcionar en ellos nos volverá mucho más efectivos de lo que hemos sido hasta el momento.

El Reino de Dios trasciende lo visible. No se limita a nuestras estructuras humanas ni a nuestros programas. Es eterno, justo, poderoso, lleno de gracia y de verdad. Y aunque en nuestras vidas todavía no ha llegado a su plenitud, ha estado en plena acción eternamente y desde siempre. Por supuesto, a través del hombre no había podido manifestarse desde Adán más que por medio de algunos personajes y su obediencia, pero internamente ha vuelto a establecerse efectivamente a través de Jesucristo.

Hoy en día, nosotros, los hijos de Dios, estamos llamados a vivir el Reino, a buscarlo con prioridad y a proclamarlo con pasión **(Mateo 6:33)**. Esto no es una sugerencia espiritual opcional, sino una estrategia divina para la vida. Poner al Reino en primer lugar es vivir bajo el gobierno del Rey, confiar en su provisión, y esperar con fe el regreso del Rey de reyes y Señor de señores.

El hecho de que el Reino de Dios sea invisible no significa que sea inactivo o irrelevante. Su invisibilidad no es sinónimo de ausencia, sino que indica que no se trata de un reino físico con fronteras geográficas, sino de una realidad espiritual que se extiende por todo el mundo. Se manifiesta

en la vida de las personas a través de sus acciones, pensamientos y relaciones con Dios y con los demás.

En el Reino de Dios todo funciona al revés. Opera en dirección contraria al reino de las tinieblas. Para quienes nacimos en medio de la oscuridad, sin poder ver la luz de Dios, la idea de un Reino luminoso y transformador es profundamente disruptiva. Rompe moldes, trastoca esquemas y redefine nuestras estructuras mentales, emocionales y sociales.

La fe está dentro de nosotros, pero necesita ser activada y liberada. ¿Por qué es esto tan crucial? Porque al tratarse de un Reino invisible, Dios nos ha provisto de una herramienta legal igualmente invisible pero poderosa: "la fe". Cuando no vivimos por fe, inevitablemente lo hacemos por vista, y la vista pertenece al plano natural. Por eso, la fe es absolutamente indispensable para una vida alineada con el Reino.

Aquí encontramos uno de los sistemas más fundamentales del Reino. Sin fe, no solo es imposible agradar a Dios **(Hebreos 11:6)**, sino también imposible operar dentro de las dimensiones del Reino, ya que éste no es de este mundo, sino invisible, al igual que el mismo Dios al que amamos y servimos **(Colosenses 1:15 y 16)**.

Aunque no es visible con los ojos naturales, el Reino de Dios es tangible desde el plano espiritual. La Biblia utiliza metáforas, como la semilla que crece en lo oculto **(Marcos**

4:26 al 32), para ilustrar cómo el Reino se expande de manera interna, a veces imperceptible para el hombre, pero completamente real y poderosa.

La revelación del Reino es, por ahora, limitada por nuestra condición humana. Mientras vivamos en este cuerpo terrenal, no podremos asimilar completamente las dimensiones celestiales. El cielo es un lugar del que sabemos poco, por eso más lo imaginamos que lo comprendemos. Necesitaríamos mucho más que parábolas para entenderlo en plenitud.

Como dijo el apóstol Pablo, que fue llevado al tercer cielo: ***"Ahora conocemos a Dios de manera no muy clara, como cuando vemos nuestra imagen reflejada en un espejo a oscuras. Pero, cuando todo sea perfecto, veremos a Dios cara a cara. Ahora lo conozco de manera imperfecta; pero cuando todo sea perfecto, podré conocerlo como él me conoce a mí"*** **(1 Corintios 13:12, PDT)**.

La fe es el sistema que nos permite vivir con la certeza de que Dios está obrando en el mundo y en nuestras vidas, aunque no podamos verlo. El hecho de no percibirlo con nuestros sentidos, no significa que Él no esté trabajando. Simplemente, no lo vemos aún, pero sabemos que está obrando. Si no comprendemos este sistema llamado fe, corremos el riesgo de frustrarnos, porque es el medio que Dios diseñó para interactuar con las realidades de Su Reino.

Más allá de este mundo tangible, limitado por las tres dimensiones físicas, Dios no ha dejado de actuar a nuestro favor. Aunque no podamos ver el Reino en su totalidad, tenemos la plena seguridad, por medio de la Palabra, de que Dios está presente y que su ejército celestial permanece activo.

Un claro ejemplo de esto lo encontramos en **2 Reyes 6:15 al 17**. Cuando el criado de Eliseo vio al ejército sirio rodeando la ciudad, se llenó de temor. Pero Eliseo le dijo: ***"No tengas miedo. Son más los que están con nosotros que los que están con ellos"***. Luego oró: ***"Señor, abre sus ojos para que vea"***, y entonces el criado vio que el monte estaba lleno de carros y caballos de fuego alrededor de Eliseo.

Esto no es ficción espiritual ni un evento que caducó en la historia. El mundo espiritual sigue activo hoy, aunque nuestros ojos no puedan verlo. Por eso necesitamos un sistema que nos mantenga firmes en la certeza, y ese sistema es la fe.

Recordemos que un sistema es un conjunto de elementos interconectados que trabajan para lograr un propósito. La fe no es simplemente "creer", sino una estructura divina más compleja. La fe no nace de nosotros: es dada por Dios **(Romanos 12:3)**. Aunque todos recibimos una medida, esta puede crecer como fruto espiritual **(Gálatas 5:22)**. Sin embargo, como sistema, la fe solo se activa a través de la Palabra viva y revelada en el momento oportuno.

"Pero, aunque no lo podamos ver, confiamos en él"
2 Corintios 5:7, BLS

Lamentablemente, muchas veces nos volvemos dependientes de los estímulos sensoriales, y fácilmente perdemos el enfoque del Reino invisible. Pedro caminó sobre las aguas por la fe, al recibir la Palabra de Jesús. Pero cuando puso su mirada en las olas, comenzó a hundirse. La fe fue lo que lo sostuvo, y la duda la que lo hundió.

Necesitamos comprender que la fe no es un impulso emocional, sino un sistema espiritual que nos sostiene en las dimensiones sobrenaturales del Reino. El autor de Hebreos lo expresó así: ***"La fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven"* (Hebreos 11:1, BPD)**. Para la mente natural, esto puede parecer locura, pero para nosotros, los ciudadanos del Reino, la fe es el sistema legal que nos permite acceder y permanecer en las realidades eternas.

Jesús le dijo a Nicodemo: ***"Te aseguro que si una persona no nace de nuevo no podrá ver el Reino de Dios"* (Juan 3:3)**. El Reino es espiritual, y por tanto, invisible para los ojos naturales. Solo quien nace del Espíritu puede verlo, entenderlo y moverse en él. Por eso, acceder al sistema de la fe, es lo que nos permite vivir bajo el gobierno del Rey para ejercer autoridad conforme a su voluntad.

Debemos dejar de ver la fe como un simple impulso emocional. La fe es el sistema legal del Reino para recibir y

caminar en todo lo que la gracia de Dios ha provisto para nosotros. Solo así podremos vivir y manifestar el Reino, no con ideas humanas, sino con revelación espiritual y efectividad celestial.

La fe no es otorgada solo para lograr algunas conquistas personales, la fe es un sistema complejo que nos permite manifestar el Reino en todo tiempo y lugar. Debemos cambiar nuestra mentalidad al respecto, debemos proyectar la fe, más allá de nuestras reuniones dominicales, y comenzar a ejercerla en todo momento. Entonces comprenderemos cuan poderoso es el Reino de Dios.

"De hecho, en el evangelio se revela la justicia que proviene de Dios, la cual es por fe de principio a fin, tal como está escrito: El justo vivirá por la fe."
Romanos 1:17 NVI

Capítulo dos

SISTEMAS DE MANIFESTACIÓN

"Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: reconciliaos con Dios"
2 Corintios 5:20

En el mundo natural, una embajada representa los intereses de su nación en un territorio extranjero. Opera bajo las leyes y valores de su país de origen, aunque se encuentre en una cultura diferente. Esta es una poderosa imagen de lo que es la Iglesia en el mundo: una embajada del Reino de Dios en medio de una sociedad caída.

Como embajada del Reino, la Iglesia no está aquí simplemente para sobrevivir, sino para representar a Cristo con autoridad y fidelidad. No hablamos en nombre propio, sino en nombre del Rey. No promovemos agendas personales, sino la cultura del cielo. Nuestro propósito no es agradar al mundo, sino reconciliar al mundo con Dios.

Un embajador no tiene permiso para modificar el mensaje del Rey. Su deber es transmitirlo con fidelidad. La Iglesia, entonces, no puede diluir el Evangelio ni adaptarlo a la cultura, ya que nuestra fidelidad es al Reino, no a las modas o las tendencias culturales del momento. Aquí es donde surge otro sistema del Reino: "el sistema de manifestación".

La idea de crear a Adán puede verse como un diseño de representación y manifestación del Reino. Dios creó los cielos y la tierra. La primera de estas creaciones es gobernada directamente por Él, y nadie tiene parte en tal asunto. De hecho, la única vez que alguien intentó una rebelión de gobierno fue expulsado de ese ámbito, junto con una tercera parte de los ángeles.

En el caso de la segunda creación, Dios se procuró un nuevo ser con la naturaleza de lo que debía gobernar: la "tierra"; y la naturaleza de quien debía gobernarla: "Dios, que es Espíritu". Es por esto que Adán fue formado del polvo de la tierra y activado con el soplo divino, que es nada menos que la vida espiritual.

Bajo este diseño, Dios pretendía gobernar a Adán, y Adán debía, bajo su supervisión y dirección, gobernar la tierra, señorear y sojuzgar la creación terrenal. En otras palabras, Adán debía ser el canal de la manifestación de Dios, siendo su imagen y semejanza, a la vez que hacía su perfecta voluntad. Ahí tenemos activo el sistema de manifestación. Y es un sistema porque, sin duda, la manifestación es un objeto complejo cuyas partes o componentes se relacionan entre sí.

El pecado arruinó esta representatividad, y Adán dejó de ser un canal de manifestación divina. Desde entonces, Dios ha trabajado con la consciencia de algunos hombres que ejercieron un rol fundamental, a través de la obediencia, para que el gobierno de Dios encontrara canales de manifestación terrenal.

Una resolución del Reino fue la destrucción de la humanidad a través del diluvio, porque la anarquía y la corrupción humanas se habían tornado verdaderamente perversas. Sin embargo, un hombre como Noé escuchó y obedeció a Dios, construyendo un arca y salvando a los animales y a su familia.

Lo que vemos en la obra de Noé es el sistema de fe obrando conjuntamente con el sistema de manifestación del Reino. Lo mismo ocurrió con Abraham, quien fue llamado para dar origen a un pueblo especial, del cual surgiría el Mesías. Una vez más, y a través de los siglos, vemos que la familia de Abraham, convertida en el pueblo de Israel, utilizó en varias ocasiones el sistema de fe y de manifestación de la voluntad divina.

Hombres como José, Moisés, Josué, Gedeón, David, Elías, Jeremías, Daniel, entre otros, fueron claros referentes de fe y de manifestación del gobierno de Dios en la tierra. Según algunos cálculos basados en las genealogías bíblicas, durante algo más de cuatro mil años desde Adán hasta Jesucristo, encontramos diferentes personajes destacados que

fueron trascendentes representantes del gobierno de Dios en la tierra.

En los días de Jesucristo, esos sistemas funcionaron de manera plena a través de Él. Y en Su obra a través de la cruz, el Señor activó el Nuevo Pacto con todas las virtudes necesarias para que los sistemas del Reino pudieran ser activados por el Nuevo Hombre, que es nada menos que Cristo manifestado por la Iglesia.

Jesús les había dicho a sus discípulos: ***"De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre"*** **(Juan 14:12)**. Y por supuesto, a través de ellos también a nosotros, quienes hemos recibido la gracia de creer en Él. Esto nos deja un claro panorama de fe y manifestación de Su voluntad en la tierra.

Jesús usó dos metáforas muy conocidas para describir la influencia de sus discípulos en el mundo: ***"Vosotros sois la sal de la tierra…" "Vosotros sois la luz del mundo"*** **(Mateo 5:13 y 14)**. En tiempos bíblicos, la sal se usaba para dar sabor a los alimentos y como conservante para evitar su corrupción. Hoy en día, Jesús nos llama a ser esos agentes transformadores de sabor, así como de preservación moral y espiritual, en una sociedad que claramente está en decadencia. Donde hay cristianos fieles, se retiene la corrupción, se frena el pecado, se confronta la injusticia.

La vida sin Dios es insípida y vacía. La Iglesia debe dar sabor al mundo mostrando una vida con propósito, alegría y esperanza. No somos llamados a aislarnos, sino a influenciar los distintos ámbitos, manifestando la presencia y la voluntad de Dios.

Esto debe ocurrir en el trabajo, en la escuela, en la universidad, en el barrio y, fundamentalmente, en la familia. Un creyente lleno del Espíritu debe ser sal. Su forma de hablar, trabajar, tratar a otros y tomar decisiones debe dejar en evidencia una clara diferencia con los demás. No necesita un púlpito para impactar a su entorno; necesita convicción, coherencia y la llenura del Espíritu Santo.

De manera natural, la sal no pierde su sabor ni su salinidad a menos que se contamine o se humedezca. No hay una fecha de caducidad para la sal. La sal es una sustancia natural que mantiene sus propiedades siempre que esté almacenada adecuadamente en un lugar seco y fresco. Sin embargo, Jesús dijo: ***"Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se vuelve insípida, ¿con qué será salada? No sirve ya para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres"*** **(Mateo 5:13)**.

Si en lugar de influenciar, los cristianos somos influenciados, es posible que terminemos perdiendo nuestra identidad y nuestra influencia en el sistema social. Los creyentes debemos estar en el mundo, pero debemos obrar fuera de su influencia cultural **(Juan 17:16)**. Si no nos distinguimos del mundo, seremos como la sal que ha perdido

su sabor. Si la sal deja de tener sabor, ha perdido su principal distintivo; toda su razón de ser ha desaparecido.

Por eso, la pérdida de salinidad representa un declive significativo en el que los creyentes se vuelven indistinguibles del mundo. Esto hace que nuestro testimonio sea ineficaz e infructuoso. Teniendo en cuenta la advertencia de Jesús en **Mateo 5:13**, los creyentes debemos permanecer en plena comunión con el Espíritu Santo y sensibles a la recepción de Su voluntad.

Al igual que la sal tiene muchos beneficios, como la conservación, purificación y el condimento, los creyentes debemos influenciar el mundo para bien. Debemos preservar al mundo de la decadencia espiritual y moral, perseguir la santidad de Dios y mejorar la vida de los que nos rodean con palabras y acciones llenas de gracia. Al mismo tiempo, debemos mantener una identidad distinta a la del mundo, permaneciendo unidos a Cristo. Al hacerlo, no seremos como la sal que ha perdido su salinidad.

Jesús también dijo: ***"más ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz"***. Desde el principio, la Biblia desarrolla y explora el tema del dualismo moral, o del bien frente al mal, utilizando los elementos contrapuestos de la luz y las tinieblas. De hecho, podemos asumir claramente que las tinieblas son nada menos que la ausencia de luz.

Jesús dijo: ***"Yo soy la Luz del mundo"*** **(Juan 8:12)**; por lo tanto, Su presencia, Su gobierno y Su vida se

representan como luz, mientras que Su ausencia, la maldad y la muerte se representan como tinieblas. En el Nuevo Testamento, el simbolismo de la luz se centra claramente en Jesucristo como Mesías y revelación encarnada de Dios.

"El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos."
Isaías 9:2

Los escritores de los Evangelios citaron las Escrituras del Antiguo Testamento para declarar que la llegada de Jesucristo trajo la presencia de Dios a la tierra. El Evangelio de Juan ofrece el desarrollo más completo del tema de la luz y las tinieblas, presentando a Jesús como la Luz que brilla en la oscuridad, y la oscuridad jamás podrá apagarla **(Juan 1:5)**. Jesús dijo que quien lo siguiera no andaría en tinieblas, sino que tendría la luz de la vida **(Juan 8:12)**.

El apóstol Pablo dijo a los cristianos de Éfeso que no se comportaran como la gente no salva del mundo: ***"Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor"*** **(Efesios 5:8 al 10)**. Puesto que Dios es luz y no hay tinieblas en Él, los hijos de Dios debemos ser luz en el Señor. Por eso, el mismo Pablo continuó diciendo: ***"No participen en las obras inútiles de la maldad y la oscuridad"*** **(Efesios 5:11 NTV)**.

La luz representa la justicia de Dios **(2 Corintios 6:14)** y, por tanto, los creyentes somos la justicia de Dios en Jesucristo **(2 Corintios 5:21)**. Somos luz en el Señor para un mundo perdido y moribundo **(Efesios 5:8)**. Jesús nos enseñó: ***"Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos"*** **(Mateo 5:14 al 16)**.

Debemos ser como faros que señalan el camino hacia el Padre y faros de Su verdad. Debemos tener cuidado de llevar una vida limpia e inocente, como corresponde a hijos de Dios, y brillar como luces radiantes en un mundo lleno de gente perversa y corrupta **(Filipenses 2:15)**. Cuando Jesús se acercaba a la hora de su muerte, dijo a Sus discípulos:

"Mi luz brillará para ustedes solo un poco más de tiempo. Caminen en la luz mientras puedan, para que la oscuridad no los tome por sorpresa, porque los que andan en la oscuridad no pueden ver adónde van. Pongan su confianza en la luz mientras aún haya tiempo; entonces se convertirán en hijos de la luz"
Juan 12:35 y 36 NTV

Ser luz en el Señor significa ser imitador de Jesucristo **(1 Corintios 11:1)**, seguir Sus pasos **(1 Pedro 2:21)** y vivir de un modo que honre, glorifique y refleje la vida de Dios en

todo lo que hacemos **(1 Pedro 4:11)**. La Iglesia es luz porque refleja al que es la Luz del mundo. Nuestra presencia debe denunciar las obras de las tinieblas, pero también ofrecer un camino de esperanza, perdón y redención.

En tiempos de persecución, la Iglesia primitiva no se ocultó. Su luz brilló en medio de la adversidad: amaban a los enemigos, cuidaban a los enfermos, rescataban a los bebés abandonados. Su testimonio fue tan poderoso que el Evangelio se expandió por todo el Imperio Romano.

Muchos han reducido la misión de la Iglesia a predicar el Evangelio, como si se tratara únicamente de proclamar palabras. Sin embargo, el ministerio de Jesús nos muestra una misión integral: predicar, discipular, sanar y restaurar. ***"Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el evangelio del Reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo"*** **(Mateo 4:23)**.

Predicar no es dar una charla religiosa. Es proclamar con autoridad la verdad del Reino de Dios. Nuestra predicación debe confrontar el pecado, revelar la gracia y llamar al arrepentimiento y a la fe. No predicamos ideologías ni moralismo, sino el poder del Evangelio que transforma vidas **(Romanos 1:16)**.

Jesús no nos mandó a convencer gente de una verdad, sino a hacer discípulos **(Mateo 28:19 y 20)**. El discipulado es la estrategia del Reino para cambiar el mundo: vida sobre vida, verdad sobre mentira, carácter sobre emoción. Una

Iglesia que no discipula no cumple su propósito. Entendamos esto: “el discipulado es lo que activa el sistema de manifestación del Reino”.

Muchos creyentes asisten a cultos, pero no son formados como discípulos. Es urgente volver al modelo de Jesús: caminar con las personas, enseñarles a obedecer, corregir con amor y acompañarlas en su madurez espiritual. Recientemente publiqué un libro titulado “Discipulado resistente”, que les recomiendo leer porque en él trato la importancia de discipular a los hermanos bajo una mentalidad de Reino, y sobre los fundamentos del Nuevo Pacto para resistir las presiones de la cultura social de este tiempo.

Ahora bien, no debemos comprender el discipulado como dar una serie determinada de enseñanzas. El discipulado es mucho más que eso. Si no hay una impartición y una activación de las capacidades espirituales, solo es como llevar a los hermanos hasta el medio de un río. Si deseamos ser efectivos, hay que cruzar hacia el otro lado; es decir, no solo aprender las verdades de la Palabra de Dios, sino también funcionar en el poder del Espíritu Santo.

Sé muy bien que muchas iglesias tradicionales no creen en las manifestaciones del Espíritu Santo, y en lugar de obrar bajo discernimiento espiritual, descalifican todo lo que no entienden. Pero si deseamos funcionar en los sistemas de manifestación del Reino, debemos estar claros en que Jesús

sanó, liberó, restauró a muchas personas y realizó poderosos milagros.

Cristo sigue siendo el mismo, solo que ahora se manifiesta a través de Su Iglesia. No podemos representar a Cristo pretendiendo simples enseñanzas bíblicas. El Reino también es poder del Espíritu Santo. Cuando los discípulos de Juan el Bautista fueron enviados por el profeta para indagar a Jesús respecto de si Él era el Mesías, Jesús les dijo: ***"Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio"*** **(Lucas 7:22)**.

El Reino de Dios no solo es una influencia moral, ni solo se manifiesta a través de gente íntegra, sino que también se manifiesta a través del poder espiritual. Los dones, los talentos y las capacidades nos fueron dados para funcionar como embajadores del Reino. En algunos libros como "Vida en el Espíritu" y "Patrimonio espiritual" enseño sobre la importancia de activar nuestro potencial espiritual; ciertamente, también les recomiendo leer estos libros.

Necesitamos comunidades que no solo enseñen bien, sino que también operen en el poder del Espíritu y activen a los hermanos que van llegando para funcionar en ese poder que todos tenemos. Una Iglesia viva debe ser una escuela para madurar a los renacidos, a la vez que se restauran personas, familias y situaciones a través del avance espiritual.

La Iglesia no es un club social ni un refugio para escapar del mundo. Es el medio legal por el cual Dios ha determinado manifestarse y extender Su Reino en toda la tierra. Somos su cuerpo, su embajada, su sal y su luz. Es verdad que aún caminamos en debilidad, porque todavía habitamos un cuerpo de muerte, pero eso no debe impedirnos manifestar a Cristo con efectividad y resistir en obediencia hasta que venga nuevamente nuestro Rey.

Cuando la Iglesia asume su identidad, el Reino se manifiesta. Cuando la Iglesia calla o se adapta al mundo, el Reino se detiene en su avance visible. El reino de las tinieblas también se extiende a través de perversos sistemas, de los cuales podríamos decir mucho, pero basta saber que el aumento de su maldad seguirá ininterrumpidamente hasta la manifestación del anticristo y su perverso gobierno global.

En ese tiempo, la hostilidad contra la Iglesia crecerá de manera exponencial, pero nosotros no debemos dejar de ser influencia y resistir afincados en la verdad. Una esperanza nos sostendrá, no solo por considerar la vida eterna, sino por saber que esa eternidad será gloriosa junto a nuestro Rey de Gloria.

Dios está edificando una Iglesia valiente, comprometida, llena del Espíritu, que no se conforme con mantener reuniones dominicales, sino que marque la diferencia en cada esfera de la sociedad. Ante esto, debemos entender que la fe no es un impulso de deseos y emociones, sino un sistema muy poderoso.

También debemos entender que la manifestación del Reino y nuestra influencia global son sistemas tan complejos como poderosos, y que debemos permitir que se expandan como una red sobre todo el planeta, porque Jesús dijo que debería ser así, hasta lo último de la tierra.

"Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra."
Hechos 1:8

Capítulo tres

SISTEMAS DE IMPACTO PROFUNDO

"Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones... y tenían en común todas las cosas... y repartían a cada uno según su necesidad… alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos."
Hechos 2:42 al 47

Como vimos en el capítulo anterior, el Reino de Dios no se manifiesta solo con palabras, sino también a través de acciones concretas capaces de revelar el poder de Dios. Estas acciones no son únicamente milagros, liberaciones o manifestaciones espirituales, sino también la expresión de los frutos espirituales. Considero que estos forman parte de un sistema de impacto.

Entiendo que muchos piensan que los milagros son los que pueden producir un impacto en la sociedad, pero muchas veces he intercambiado opiniones al respecto, porque creo

que, aunque los milagros son impactantes para la mente humana, lo que realmente produce un impacto en el corazón es la manifestación de los frutos espirituales.

El apóstol Pablo describe el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre y la templanza como el fruto del Espíritu **(Gálatas 5:22 y 23)**. Veamos cada una de estas virtudes como un sistema de expresión a través del cual la personalidad de Cristo puede impactar el corazón de todas las personas.

A pesar del avance de la ciencia y la inteligencia humana, vemos una y otra vez a científicos y expertos tratando de explicar los milagros bíblicos, porque todo milagro puede impactar la mente o ser refutado. Sin embargo, la manifestación de los frutos penetra hasta el corazón, impactando lo más profundo de las personas.

Los milagros son manifestaciones de poder, pero pueden ser realizados por hermanos sin carácter. Por el contrario, los frutos del Espíritu son de impacto porque no pueden ser producidos por una oración o una declaración de fe, sino por hermanos que han atravesado procesos de madurez espiritual.

Un milagro puede ser imitado por las tinieblas o negado por la razón, pero la manifestación de los frutos no puede ser negada. Por eso la considero de alto impacto. La verdadera espiritualidad se traduce a través de la expresión de la esencia de Jesucristo, y eso no puede ser imitado.

El verdadero cristianismo no consiste solo en asistir a reuniones, sino en llevar la esencia de Cristo a cada rincón de la sociedad. El impacto comunitario es el resultado natural de una Iglesia que ha entendido su identidad y su verdadera misión. El poder del Reino se hace visible cuando la compasión se convierte en servicio, la oración en acción y la fe en justicia.

"Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad."
1 Juan 3:18

La Iglesia primitiva nos ofrece un modelo claro de cómo el Reino de Dios puede manifestarse en una comunidad de creyentes, porque no solo adoraban juntos, sino que también compartían sus bienes. La vida espiritual no estaba separada de la vida cotidiana. El amor se expresaba en acciones tangibles: cubrir necesidades, compartir recursos y atender al necesitado.

La Iglesia primitiva ganaba el favor del pueblo no por su música o sus programas, sino por su vida comunitaria solidaria y santa. La coherencia entre lo que predicaban y vivían fue su carta de presentación. Es claro que se movían en lo sobrenatural y eran respaldados por milagros, pero lo que realmente impactaba a la sociedad era el carácter de Cristo expresado a través de ellos.

Para la Iglesia pionera, el impacto social no era un fin en sí mismo, pero lo generaban. Por eso considero que, hasta

el día de hoy, la fructificación es un sistema, que se expresa de múltiples maneras y que termina siendo también un canal para que el mensaje del Evangelio, llegue con poder a toda la sociedad.

"Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos."
Marcos 10:45

Jesús mismo se presentó como el Siervo por excelencia. Toda Iglesia que ignora al necesitado contradice al Rey que vino a servir. El servicio es una marca del discipulado verdadero. Desde los primeros días, la Iglesia organizó ministerios para ayudar a las viudas, a los pobres y a los marginados **(Hechos 6:1 al 6)**. Este servicio no era asistencialismo pasivo, sino una extensión del amor del Reino.

Iglesias que tienen comedores comunitarios, talleres de oficios, consejería gratuita, atención a inmigrantes, apoyo escolar y campañas de salud están practicando una forma moderna de diaconía. Están mostrando a Cristo con acciones, y está bien, pero no debemos olvidar que los frutos espirituales van más allá de las acciones.

La Iglesia no solo impacta a la sociedad con activismo solidario, que es importante y necesario, sino que el verdadero impacto se produce a través de la esencia espiritual con la que hacemos todas las cosas. Es desde esa esencia que el sistema de fructificación puede impactar a todos.

El servicio sin el mensaje, el mensaje sin unción y la vida sin fructificación, se convierten en simples expresiones humanitarias. El Reino no es solo bienestar social; es vida eterna en Cristo, y la vida de Cristo no se produce por aceptación humana, sino por impartición espiritual de quienes la portan.

La Iglesia debe desarrollar iniciativas que impacten su entorno, pero sin diluir el mensaje del Reino ni dejar de fructificar, porque es desde el testimonio genuino donde surge el impacto profundo de la verdad. La Iglesia debe convertirse en una voz profética y compasiva en medio del dolor social, pero lo que nos vuelve creíbles es el sistema de fructificación.

No se trata solo de buena voluntad. Necesitamos ser cristianos llenos del Espíritu Santo y de sabiduría espiritual **(Hechos 6:3)**, personas con pasión, discernimiento y compromiso para llevar el amor de Cristo con excelencia, dando frutos verdaderos de una genuina comunión con Dios.

El servicio debe ser un canal para llevar a las personas a Jesús. No basta con entregar una bolsa de alimentos; es necesario presentar el Pan de Vida. Cada acto de compasión debe abrir una puerta para el Evangelio. El Reino no es competencia, es colaboración. Muchas veces, los desafíos comunitarios son tan grandes que necesitamos unir fuerzas con otras iglesias, ONGs, escuelas e incluso instituciones públicas, sin comprometer nuestros principios.

No se trata solo de cuántas ayudas se entregaron, sino de cuántas vidas fueron tocadas por el amor de Dios. ¿Hubo salvación? ¿Conversión? ¿Restauración familiar? El servicio debe ser una plataforma para el avance del Reino, y esto solo puede verse en acción cuando la Iglesia sale de los muros del templo y se adentra en el barro de la necesidad humana. Servir no es una opción; es nuestra naturaleza. No fuimos salvados para sentarnos, sino para servir y amar como Jesús.

Una Iglesia que ama con hechos es una Iglesia a la que se le dará oportunidad para comunicarse. La comunicación no son solo palabras, sino el testimonio producido por la fructificación. Una Iglesia que sirve con compasión, pero sin perder el mensaje, es una Iglesia que puede impactar a través de la vida de Cristo manifestada por medio de sus frutos.

Pero deberíamos preguntarnos: ¿Qué es el fruto del Espíritu Santo que Pablo menciona en **Gálatas 5:22 al 25**? El fruto del Espíritu Santo se refiere a la naturaleza del Espíritu revelada y manifestada en la vida de todos los hijos de Dios. Este fruto son cualidades espirituales que deben ser evidentes en la vida de todos los cristianos.

Reitero: generalmente se dice “los frutos del Espíritu”, pero si miramos atentamente, Pablo solo dice “el fruto del Espíritu”. Lo cual, siendo varios, son uno, al igual que un racimo de uvas. Tiene muchas uvas, pero solo es el fruto de la vid.

Por otra parte, el fruto no es lo que produce el Espíritu Santo, en realidad es Su esencia. Es decir: el Espíritu Santo no produce amor, Él es amor; no produce paz, Él es la paz; no produce gozo, Él es el gozo del Señor. En otras palabras, nuestra vida en comunión con Su persona nos permitirá manifestar Su esencia a través de nuestra humana fragilidad.

"Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros."
2 Corintios 4:7

Por eso el fruto espiritual es evidencia de madurez espiritual. Como el fruto en el mundo natural: una planta no produce frutos en su etapa de crecimiento primario, pero el buen desarrollo de su vida producirá frutos apreciables y deseables. Jesús enseñó:

"No es buen árbol el que da malos frutos,
Ni árbol malo el que da buen fruto;
Porque cada árbol se conoce por su fruto."
Lucas 6:43-44

Se puede contar con muchas habilidades, dones espirituales, talentos y capacidades de influencia sobre las personas, pero sin una firmeza en el carácter fundamentado en Cristo, el creyente no tendrá solidez para mantenerse firme ante cualquier tipo de situación en la vida diaria. El fruto es la evidencia del carácter, porque no puede manifestarse sin desarrollo y madurez espiritual.

Estas cualidades internas que menciono son sistemas entrelazados que operan desde la comunión que tengamos con el Espíritu Santo. Pablo dijo: ***"El que está unido al Señor, un espíritu es con Él"*** **(1 Corintios 6:17)**. Esa unidad produce diferentes frutos capaces de impactar lo profundo de las personas, porque los corazones pueden ser conmovidos por expresiones divinas.

Podemos decir que se encuentra el fruto del Espíritu Santo en cada acto de bondad, rectitud y verdad hecho por los creyentes: ***"Porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad"*** **(Efesios 5:9)**.

El primero de los frutos que podemos señalar es el amor, porque el amor contiene en sí mismo a todos los demás. Es tan fuerte y maravilloso que, el día que Jesús resumió la ley en dos mandamientos, no utilizó otro requisito que el amor **(Mateo 22:37 al 39)**. De hecho, es por nuestro amor que podemos ser reconocidos como discípulos de Jesucristo **(Juan 13:35)**.

La alegría es una cualidad de gozo, deleite y júbilo. El gozo forma parte fundamental del carácter de Cristo y el Señor lo demanda en Su pueblo. Sin embargo, muchos cristianos parecen carecer de él. Uno de los motivos fundamentales es la religiosidad. Cuando una persona vive la vida en el Espíritu, mostrará espontaneidad, sinceridad y gozo. En cambio, un religioso puede hacer todo lo correcto, como un deber impuesto, y aunque tenga obediencia, carece del gozo espiritual.

Por su parte, la paz no es solo tener calma, estar en silencio o permanecer en pasividad. Estos estados pueden ser buenos y nos hacen bien; sin embargo, la verdadera paz es aquella que puede manifestarse aun en medio de una guerra. Es una paz sobrenatural, que se produce en nuestro interior, no solo en nuestro entorno exterior de vida **(Efesios 6:15)**.

La paciencia es la cualidad de la perseverancia. Es la rama del sistema que produce la habilidad para sobrellevar una situación difícil y soportarla pacientemente. La paciencia es una cualidad de Dios, de la cual muchos carecen porque vivimos tiempos sumamente acelerados. Por eso, ver a un creyente esperar pacientemente o atravesar situaciones con gran paciencia, es todo un impacto para el entorno.

La benignidad es la cualidad de tener una manera apacible, no severa, violenta ni fuerte. Es una bondad callada y respetuosa. La Biblia advierte a los creyentes para no rivalizar, sino ser mansos **(2 Timoteo 2:24)**. Nosotros no debemos ser alborotadores. Los alborotadores son personas que siempre están luchando o defendiéndose de todo **(Tito 3:2)**. Ver a cristianos con benignidad sin duda causa un impacto en el corazón de cualquiera.

La bondad son actos de santidad o rectitud. La bondad es una cualidad de Dios **(Salmos 145:17; Salmos 107:8)**, y por eso puede ser mostrada a los pecadores para su arrepentimiento **(Romanos 2:4)**. David dijo que la bondad de Dios ha sido guardada para nosotros **(Salmos 31:19)**.

La mansedumbre no es quietud ni falta de vigor; por el contrario, es la fuerza controlada por el poder del Espíritu. Jesús dijo: ***"Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas"*** **(Mateo 11:29)**. La mansedumbre preserva la unidad en la iglesia y debe usarse para tratar con todas las personas **(2 Timoteo 2:24 y 25)**.

El dominio propio es la moderación en las emociones, pensamientos y acciones. Es el autodominio. El dominio propio implica control en todas las áreas **(1 Corintios 9:27)**. Muchos hermanos procuran con diligencia hacer la voluntad de Dios, pero caen en la frustración del fracaso. Esto es lógico, porque el evangelio no está diseñado para que el hombre haga cosas para Dios, sino para dejar que Dios haga cosas a través de nosotros. Por eso, el dominio propio es un fruto del Espíritu y no el desarrollo de nuestra capacidad de control personal.

Cuando creemos que podemos hacerlo, fracasamos; pero cuando creemos que Él lo hará, entonces lo glorificaremos a Él.

"Y el Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de Él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén."
Hebreos 13:20 y 21

Al conocimiento debemos sumarle dominio propio **(2 Pedro 1:6)**, y el dominio propio es el resultado de una íntima comunión con Él. En otras palabras, el fruto del Espíritu es el resultado de una vida en el Espíritu, no el producto de personas que intentan producir algo con sus fuerzas.

Ante todo esto, el liderazgo de la Iglesia tiene un compromiso trascendente y claro: Si trabajamos para perfeccionar a los santos, a través de una íntima comunión con el Señor y el poder manifiesto de Su esencia, veremos con satisfacción el fruto de una vida en el Espíritu y seguramente estaremos impactando a todo nuestro entorno.

"No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé"
Juan 15:16

Capítulo cuatro

SISTEMAS PROFÉTICOS

"Aprended a hacer el bien; buscad la justicia, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda"
Isaías 1:17

La justicia no es una invención humana ni una bandera política. Es una expresión del carácter de Dios. El Reino que predicamos no solo transforma individuos, sino que establece principios de justicia en la sociedad. En un mundo marcado por la desigualdad, la violencia y la corrupción, la Iglesia está llamada a levantar una voz clara, santa y profética.

Desde Génesis hasta Apocalipsis, la Biblia revela a un Dios profundamente comprometido con la justicia. No una justicia humana, limitada y contaminada, sino una justicia santa, restauradora, que honra la verdad y defiende al débil. La justicia del Reino no es represiva, es redentora.

Es cierto que, al mirar el mundo actual, no podemos más que concluir que la injusticia ha avanzado de la mano de la oscuridad. La injusticia social es un problema global.

Ocurre en todos los países y regiones del mundo, se expresa de distintas formas y con diversos niveles de gravedad, y genera conflictos sociales y políticos que pueden derivar en guerras, genocidios o revoluciones.

Las injusticias se manifiestan de múltiples maneras y ocurren diariamente en todo el mundo. Algunas de sus expresiones más graves incluyen la discriminación, que es la segregación de personas por motivos como el color de piel, la creencia religiosa, el origen étnico, la ideología política, el género, la orientación sexual, la discapacidad física, entre otros.

Se consideran situaciones de discriminación aquellas en que a una persona o a un colectivo se les niega sistemáticamente el acceso a la educación, el trabajo, los servicios de salud, la participación política, entre otros derechos. La discriminación genera desigualdad, la cual es en sí misma una fuente de injusticia social.

La violencia en la sociedad y en las familias ha crecido de manera exponencial. Los expertos lo atribuyen al estrés que padece la mayoría de las personas, pero la voz profética nos revela que esto no es más que el crecimiento de las tinieblas sobre el mundo.

La violencia se manifiesta en las calles, en los hogares, a través del narcotráfico, los asaltos, las violaciones, la prostitución forzada, la discriminación laboral, la violencia física y sexual, la castración, el tráfico de personas, el acoso

y el hostigamiento sexual. Estas prácticas ocurren en cualquier ámbito de la vida: en el hogar, en la vía pública, en el trabajo o en la escuela, afectando gravemente el bienestar social, físico y psicológico de quienes las sufren.

La trata de personas, o comercio de seres humanos, es una práctica ilegal penada a nivel internacional. Sin embargo, se lleva a cabo diariamente por redes de delincuencia organizada. Por lo general, la trata tiene como fin la esclavitud laboral, mental o reproductiva; la explotación sexual o el trabajo forzado; la extracción de órganos, o cualquier otra forma de esclavitud que atente contra la voluntad, el bienestar y los derechos de cada individuo. Millones de personas son víctimas de esta práctica cada año en el mundo.

La explotación laboral es otra forma de violencia que vemos en distintas naciones. Supone la vulneración, a distintos niveles y de diversas maneras, de los derechos de los trabajadores. Muchos sufren abusos, malos tratos o amenazas por parte de sus empleadores; reciben salarios injustos o se encuentran en condiciones similares a la esclavitud.

La persecución de personas o grupos pertenecientes a minorías étnicas, sexuales, religiosas, entre otras, constituye una grave injusticia social, ya que vulnera las libertades individuales. Este tipo de comportamiento es típico de dictaduras o regímenes totalitarios, y da lugar a situaciones

como persecución, tortura, trabajos forzados, discriminación, segregación, maltrato o estigmatización.

El reclutamiento de niños para actividades militares o bélicas representa una de las formas más extremas de injusticia social. Muchos son forzados a participar como combatientes o en labores de apoyo, como mensajeros o vigías. En los casos más graves, se los utiliza como escudos humanos. Esta práctica deja profundas secuelas físicas, como mutilaciones, desnutrición o enfermedades, y también psicológicas y morales.

El Estado tiene la responsabilidad de respetar, proteger y garantizar los derechos humanos de sus ciudadanos. Sin embargo, cuando incumple esta obligación, ya sea de manera deliberada o por omisión, se generan situaciones de injusticia social alarmantes.

Entre las violaciones a los derechos humanos se incluyen el desalojo forzoso de personas de sus hogares, el hambre, la contaminación de fuentes de agua, los salarios insuficientes para una vida digna, la negación de derechos fundamentales como el acceso a la información, a los servicios básicos o a la atención sanitaria, y la exclusión de individuos o minorías del sistema educativo o del mercado laboral, entre muchas otras.

Si alguien no logra identificar estas expresiones de violencia, debe saber que no me estoy refiriendo a un país en particular, sino a los vientos que están soplando en distintas

partes del mundo. El profeta Isaías lo anticipó claramente: ***"Mira, las tinieblas cubren la tierra, y una densa oscuridad se cierne sobre los pueblos. Pero la aurora del Señor brillará sobre ti; ¡sobre ti se manifestará su gloria!"*** **(Isaías 60:2)**.

Las injusticias que están ocurriendo en todo el mundo merecen nuestra atención como Iglesia. Pero hay una batalla por la justicia social que no llega a los titulares. Y, de todas las injusticias que azotan al mundo hoy, esta es la mayor: la injusticia de la desigualdad del Evangelio.

Hay mucha pobreza en el mundo; muchas personas no tienen acceso a la comida, al agua o a la justicia social. De la misma forma, hay innumerables lugares donde la gente no tiene acceso al Evangelio del Reino. Tal vez no podamos intervenir de forma contundente en todas las injusticias mencionadas, pero sí creo que podemos hacerlo en esta que afecta hoy a 3.020 millones de personas privadas del Evangelio.

Tantos millones de personas privadas de la buena noticia. Privadas de Jesús. Privadas de toda esperanza. Privadas de la vida verdadera. Peor aún, esta injusticia no solo se sufre en el día a día, sino que se prolonga por toda la eternidad. Un tercio de la población mundial sufre esta injusticia, y me atrevo a decir que nosotros, como creyentes, estamos como mínimo, prolongando esta condición en muchas personas. Quienes afirmamos ser seguidores de Cristo y tenemos la responsabilidad de ser sus testigos,

abundamos en riqueza y capacidad. Los menos alcanzados carecen de lo esencial, y aun así, no estamos manifestando toda la verdad.

Solo el Evangelio puede traer libertad en todas las demás áreas de injusticia, porque solo Jesús tiene el poder de transformar los corazones; y solo los corazones transformados tienen la capacidad de afectar sus respectivos ámbitos de vida. Por lo tanto, si podemos llevar justicia a los corazones, estaremos llevando justicia a todos los órdenes mencionados anteriormente.

Un ejemplo claro es William Wilberforce (1759 – 1833), político, filántropo y abolicionista inglés. Su principal logro fue liderar el movimiento para abolir la trata de esclavos en el Imperio Británico. Fue miembro del Parlamento británico por varios distritos electorales a lo largo de su carrera. Era conocido por su preocupación por los demás y su compromiso con la justicia social, particularmente en la lucha contra la esclavitud. Se convirtió en un líder clave en el movimiento abolicionista después de su conversión en 1789.

Su dedicación a la causa fue monumental. Lideró la campaña parlamentaria contra la trata de esclavos y, tras años de esfuerzo, logró la abolición de dicha práctica en 1807, y posteriormente, en 1833, la abolición de la esclavitud en el Imperio Británico. Se considera a Wilberforce como un padre del movimiento abolicionista británico, y su impacto fue significativo en la historia de la libertad humana.

Dios no solo exige integridad y compromiso con el Reino, sino que no puede agradarse de cánticos en nuestras reuniones si hay opresión en las calles. Como dijo Amós: ***"Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo"*** **(Amós 5:24)**. Jesucristo es nuestra justicia, y puede ser la justicia de millones más. En lugar de enfocarnos únicamente en el crecimiento de ciertos ministerios, debemos concentrarnos en llevar justicia a los corazones de tantos necesitados.

Surgen entonces estas preguntas: ¿Por qué asocio al sistema profético con la justicia? ¿Por qué considero lo profético como un sistema del Reino? Creo que el sistema profético está profundamente relacionado con la justicia, porque Pablo escribió en **1 Corintios 14:3**: ***"Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación"***.

La profecía debe fortalecer la fe y el entendimiento de los creyentes a quienes debe edificar, pero la voz profética de la Iglesia debe trascender las cuatro paredes y dar entendimiento a muchos sobre lo que está ocurriendo. La voz profética anima y motiva a los creyentes a vivir una vida de fe y de servicio, pero también debe exhortar al cambio a los gobernantes y a la sociedad en general.

Dentro de la Iglesia, esta voz debe brindar consuelo y esperanza a los creyentes en medio de las dificultades; pero cuando atraviesa los muros, debe ofrecer lo mismo a quienes están sufriendo toda clase de necesidad.

En el Antiguo Testamento, vemos que la voz profética se levantaba para dar dirección y corrección, a fin de que el pueblo caminara en justicia. También fortalecía y consolaba en medio de la aflicción. Sin embargo, esta voz no solo se dirigía a Israel, sino que muchas veces fue enviada a las naciones paganas, generalmente con un mensaje de corrección y juicio.

Aunque la Iglesia no opera bajo los principios del Antiguo Testamento, debe ser profética, y aún más profunda al respecto. Algunos discuten si hoy en día existen profetas o no, pero no pretendo entrar en debates que considero superados. Lo que sí debo afirmar una vez más es que la dinámica profética del Nuevo Pacto nada tiene que ver con la del Antiguo Testamento. Comparar la forma en que los profetas actuaban antes con los que ahora funcionan en Cristo es impropio y confuso.

En el Antiguo Pacto, el Espíritu tomaba a los profetas y hablaban conforme a la voluntad de Dios, por eso se les demandaba infalibilidad. En el Nuevo Pacto, el Espíritu está sujeto a los profetas **(1 Corintios 14:32 y 33)**, y Dios no demanda infalibilidad bajo juicio mortal, sino responsabilidad, compromiso y profundidad para no fallar.

Para evitar los errores que generan dudas, los profetas de hoy deben estar más con Dios que con la gente. Para ser efectivos, deben retraerse a gobierno espiritual, en lugar de vivir en eventos constantes que los distraen de su propósito trascendente. El accionar de los profetas hoy es clave.

Cuando fluyen bajo unción, generan ámbitos proféticos en la Iglesia y activan a los santos para un accionar profético.

La Iglesia debe volverse profética, porque debe ser guiada por el Señor **(Romanos 8:14)**. Y debe levantar su voz profética, porque debe ser un faro para el mundo. Es cierto que los que caminan en tinieblas difícilmente entenderán, pero eso no debe regular nuestro accionar. Jesús hablaba a las multitudes y enseñaba a todos, aunque en el momento pocos lo comprendían.

A las multitudes les gustaban sus enseñanzas, pero no las entendían. Los religiosos se enojaban porque tampoco comprendían. Y los discípulos, aunque recibían más revelación, tampoco lograban comprender con profundidad. Jesús mismo les dijo: ***"Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir"*** **(Juan 16:12 y 13)**.

Jesús habló proféticamente en muchas ocasiones. Anunció lo que vendría, lo que sucedería después de Su muerte y resurrección, lo que ocurriría con esa generación ante la invasión de Tito a Jerusalén, y lo que ocurriría con las naciones, el mundo y la Iglesia. Habló de cosas que aún no se han cumplido, como los eventos globales y Su segunda venida.

Jesús levantó Su voz profética contra la injusticia y la impiedad. Nosotros, como Iglesia, debemos discernir Sus intenciones y actuar de la misma manera. Debemos atesorar todas las palabras proféticas que nos dejó, recibir Su dirección actual, y elevar la voz a todas las naciones, lo obedezcan o no.

Noé fue comisionado a anunciar lo que vendría con el diluvio. Habló con todos los que pudo como pregonero de justicia **(2 Pedro 2:5)**, aunque nadie lo entendió ni le creyó. Pero esa no era su tarea: él solo debía anunciar el juicio. El resultado era responsabilidad de Dios.

Por su parte, el profeta Jonás fue enviado a predicar a Nínive. Aunque intentó huir, fue corregido por Dios y finalmente obedeció. La ciudad se arrepintió y no fue destruida. Sin embargo, Jonás se enojó: ***"Señor, ¿no te dije antes de salir de casa que tú harías precisamente esto? ¡Por eso huí a Tarsis! Sabía que tú eres un Dios misericordioso y compasivo, lento para enojarte y lleno de amor inagotable. Estás dispuesto a perdonar y no destruir a la gente"*** **(Jonás 4:2 NTV)**.

Sea que no se arrepientan, como en los días de Noé, o que sí lo hagan, como en los días de Jonás, Sea que nos ignoren como en los días de Jesús, no nos corresponde evaluar los resultados, sino cumplir nuestra tarea como voceros de Dios.

La dimensión profética es un sistema, porque es mucho más que algunos hermanos ungidos ejerciendo un ministerio. Todos tenemos al Espíritu Santo y, en algún momento, podemos recibir y entregar una palabra profética. Algunos tienen el don de profecía, pero no el ministerio. Otros son profetas en su entorno, pero no tienen el oficio profético, mientras que otros sí han sido llamados al ministerio profético dentro del Cuerpo de Cristo.

La Iglesia tiene una esencia profética y debe actuar en el mundo como una voz profética, con un claro llamado a la verdad y al anuncio contundente de las cosas que habrán de venir. Sabemos lo que acontecerá, debemos profundizar en las revelaciones escatológicas y elevar la voz a las naciones. Aunque no todos nos entiendan, el mundo debe saber que si persiste en su maldad, enfrentará el juicio del Señor.

El Evangelio es una buena noticia, y nuestro mensaje debe estar lleno de gracia. Pero no debemos omitir las advertencias que Dios nos ha dado para este mundo. Pregonar el mensaje completo no es falta de gracia. Si alguien me advirtiera sobre las consecuencias de mis errores, no lo entendería como falta de gracia, sino como un acto de amor.

Jesús no fue indiferente al sufrimiento causado por las injusticias sociales, el sistema religioso o la corrupción política. Como verdadero Rey, habló con autoridad contra la hipocresía, el legalismo y la explotación espiritual. Él no solo sanó cuerpos, sino que desenmascaró estructuras opresivas.

Su Reino no era solo espiritual, sino profundamente ético, justo y absolutamente profético.

Su vida, en sí misma, fue un mensaje profético: tocó a los intocables, defendió a las mujeres despreciadas, comió con marginados y restauró la dignidad de los excluidos. La Iglesia, como cuerpo de Cristo, debe levantar la misma voz que levantó el Señor. No podemos conformarnos con un silencio cómplice ante la injusticia, la corrupción, la pobreza extrema, la violencia, el abuso de poder o la opresión institucional.

"Abre tu boca por el mudo, en el juicio de todos los desvalidos."
Proverbios 31:8

Dios tiene una opción preferencial por los débiles. A lo largo de toda la Escritura vemos Su llamado constante a cuidar al pobre, al extranjero, al huérfano y a la viuda. Estas figuras representan a los más vulnerables de la sociedad. La Iglesia es la voz del Reino en la tierra, y su tarea no es solo salvar almas, sino también defender la dignidad humana.

"La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones..."
Santiago 1:27

No se trata de caer en una agenda social desligada del Evangelio, sino de expresar la fe mediante la justicia. El

Reino no es indiferente al sufrimiento de los pueblos, y tampoco debe serlo Su Iglesia. Sin embargo, debemos caminar con sabiduría espiritual, porque al procurar el bien, podríamos fácilmente desviarnos hacia activismos ajenos a la espiritualidad del Reino.

Debemos utilizar el sistema profético para expresar un mensaje lleno de gracia, pero también de verdad. El mundo puede ignorar nuestro mensaje, pero no debe dejar de oírlo. Mientras el Evangelio ofrece la oportunidad de salvación a quienes lo aceptan, también actúa como juicio para quienes lo rechazan. Sin embargo, no nos corresponde a nosotros determinar los resultados; solo Dios conoce a Sus escogidos.

La Biblia se refiere a Jesús como una Roca, tanto en relación con los creyentes como con los incrédulos. Para quienes hemos puesto nuestra fe en Él, Jesús es la Roca sobre la que edificamos nuestras vidas **(Mateo 7:24 al 29; 16:13 al 20)**. Él es nuestro fundamento sólido, nuestra Roca de salvación **(2 Samuel 22:47)**.

Sin embargo, también es una Roca que hace caer a los incrédulos. Es una piedra de tropiezo para aquellos que rechazan la verdad. Una persona puede poner su fe en Jesucristo y recibir vida eterna, o tropezar con Él y enfrentar el juicio. El mensaje del Evangelio en sí mismo, implica consecuencias. Nosotros solo debemos anunciarlo con fidelidad.

Como Iglesia, no podemos cambiar con gestión humana todas las injusticias que hay en el mundo. Ciertamente, podemos ser de influencia y bendición en todo estrato de la sociedad, pero no estamos llamados a reformar la política de las naciones ni a comprometernos con el activismo ideológico de ningún partido.

La verdad del Evangelio no puede ser diluida por ideologías seculares, que solo terminan distorsionando la justicia verdadera que el Espíritu Santo opera en el corazón de los creyentes. No podemos cambiar algunas realidades que, proféticamente, sabemos que empeorarán. Pero sí podemos alzar la voz profética, y en obediencia, generar puentes para que Dios traslade a muchos del reino de las tinieblas al Reino de Su Luz **(Colosenses 1:13)**.

Si activamos los sistemas proféticos del Reino, estaremos generando oportunidades de salvación para los escogidos y advertencia para los impíos. La Iglesia es la voz de Dios en la tierra, y todos somos responsables de proclamar la verdad y anunciar las cosas que sabemos que han de venir.

"Así nos lo ha mandado el Señor: Te he puesto por luz para las naciones, a fin de que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra."
Hechos 13:47

Capítulo cinco

SISTEMAS DE LA CULTURA DEL REINO

"Ni se enciende una lámpara para cubrirla con un cajón. Por el contrario, se pone en la repisa para que alumbre a todos los que están en la casa. Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo."
Mateo 5:15 y 16

A través de los siglos, la Iglesia ha enfrentado una tensión constante frente a la cultura. Algunos han optado por rechazarla, viéndola como un terreno peligrosamente contaminado por el pecado. Otros la han abrazado sin filtros, cayendo en la trampa de un cristianismo superficial, moldeado más por las tendencias sociales que por la Palabra de Dios. Pero el Reino de Dios nos ofrece un camino más profundo y desafiante: no huir de la cultura ni rendirse a ella, sino manifestar una cultura poderosa y diferente.

Cuando hablo de una cultura poderosa y diferente, no me refiero a una cultura evangélica impregnada de conductas

superficiales y, en muchos casos, meramente tradicionales. Me refiero a una cultura de Reino, no de religión.

Jesús, el Rey del Reino, no nació en un vacío cultural. Se encarnó en un contexto histórico, social y religioso específico. Habló arameo, conocía las costumbres de su pueblo, asistió a bodas, usó parábolas que reflejaban la vida cotidiana de campesinos, comerciantes, pastores y amas de casa. Él no se enajenó de la cultura presente, pero presentó, con Su vida, conceptos mucho más elevados.

Esta encarnación no fue una concesión, sino una estrategia divina. Dios mismo nos mostró que Su mensaje eterno puede vestirse de ropajes culturales sin perder su esencia. El Evangelio es como una semilla que, al ser sembrada en cada cultura, produce fruto con matices únicos, pero siempre según su naturaleza celestial.

La cultura es el conjunto de expresiones humanas que dan forma a la sociedad: el arte, la música, el lenguaje, la educación, las leyes, las celebraciones, los medios, la tecnología, la filosofía, entre otros. Aunque estas expresiones han sido afectadas por el pecado, no todas deben ser descartadas. Algunas pueden ser iluminadas por la verdad del Reino, y además, debemos manifestar una cultura de Reino.

Allí donde el arte ha promovido la oscuridad, con la manifestación de los hijos de Dios, puede recibir la belleza de la luz divina. Donde la educación ha sido secularizada, puede volver a ser un canal para formar generaciones con

pensamiento crítico y valores eternos. Donde los medios han alimentado la mentira y la confusión, pueden ahora convertirse en plataformas para la verdad, la justicia y la esperanza.

Dios sigue levantando hombres y mujeres en cada área de la cultura, no para que se conformen a este siglo, sino para que transformen sus ámbitos mediante la renovación de su entendimiento. No todos estamos llamados a ocupar un púlpito, pero todos estamos llamados a una vida de Reino que afecte positivamente nuestro entorno.

Un maestro que enseña con integridad, un artista que crea con propósito, un programador que diseña con ética, un cineasta que cuenta historias que inspiran, un periodista que informa con verdad… todos aquellos que vivan con plenitud el señorío de Cristo, podrán ser agentes del Reino en medio de cualquier cultura, expresando un sistema mucho más elevado.

La redención cultural no se trata de imponer una religión, sino de vivir con tal coherencia y excelencia que la luz no pueda ser ignorada. Como dijo Jesús, no se enciende una lámpara para esconderla, sino para que alumbre a todos los que están en casa **(Lucas 11:33)**.

Cuando la Iglesia se encierra en sí misma, la cultura queda a merced de otras influencias. Pero cuando el Reino avanza a través de discípulos fieles que entienden su rol en la historia, la sal preserva, la luz brilla y el mundo ve la

diferencia. Reitero: esto no se trata de manifestar una subcultura evangélica o religiosa. No se trata de costumbres, de modos, de ropas, de reuniones o de compromisos, sino de expresar una cultura impregnada de valores muy superiores a los de este mundo. “Una cultura de Reino”.

A lo largo de la historia, muchos creyentes han abrazado este llamado. La Reforma puso fin a la unidad religiosa en Occidente, pero las obras maestras del Renacimiento, producidas por artistas cristianos como Miguel Ángel, Leonardo da Vinci y Rafael, siguen estando entre las más célebres jamás creadas.

En esa época aun obraba el catolicismo de Roma como la única fuente del cristianismo. Por tal motivo, no pretendo entrar en cuestionamientos personalizados, de quien dio absoluto testimonio personal de su fe. Solo estoy mencionando a gente que hace muchos años, se dijo cristiana y que influenció el arte y la cultura de su época.

Del mismo modo, la música sacra cristiana de compositores como Pachelbel, Vivaldi, Handel, Mozart, Haydn, Beethoven, Mendelssohn, Liszt y Verdi se encuentra entre la música clásica más admirada del canon occidental. Por ejemplo, Johann Sebastian Bach componía obras maestras y firmaba cada partitura con la frase “Soli Deo Gloria”, que es una frase latina que significa “Gloria solo a Dios”.

Por su parte, hombres como Martín Lutero y Juan Calvino influyeron en la educación y la cultura, porque entendieron el evangelismo desde la alfabetización, para que la gente pudiera acceder a las Escrituras. Lutero, a través de la Universidad de Wittenberg, promovió la educación accesible para todos, mientras que Calvino enfatizó la importancia de la educación para formar ciudadanos y ministros cristianos. Es decir, después de la reforma protestante se desencadenó la apertura de escuelas y universidades de gran calidad, muchas de las cuales aún persisten siendo de profunda influencia cultural.

Hombres como C. S. Lewis, con su creatividad literaria, llevaron verdades profundas a través de historias que siguen impactando a generaciones. La herencia cultural cristiana, también se refleja en las grandes obras literarias de Europa, muchas de ellas con un trasfondo religioso: La Divina Comedia, Los Milagros de Nuestra Señora, El Paraíso Perdido, El Quijote de la Mancha, las obras de Shakespeare y muchas más, todas con un gran impacto en la cultura mundial.

Hoy en día, en un mundo saturado de información, entretenimiento y cambios vertiginosos, la Iglesia tiene una oportunidad única para influir a través del sistema cultural del Reino, no con temor, sino con presencia. No con imposiciones, sino con convicciones firmes, creativas y misericordiosas. No con miedo al mundo, sino con confianza en el Rey que venció al mundo. La Iglesia no está llamada a

ser espectadora, sino protagonista de una historia que apunta a la gloria de Dios en todas las cosas.

Contribuir al desarrollo de una cultura sana significa ver cada campo como un terreno de misión y a cada creyente como un misionero. Significa dejar de pensar en lo "sagrado" como algo que ocurre solo dentro de las cuatro paredes del templo, y comenzar a ver como sagrada toda acción hecha para la gloria de Dios.

Significa formar discípulos que no solo oren y evangelicen, sino que también enseñen, gobiernen, diseñen, curen, produzcan y sirvan con los valores del Reino.

El Reino de Dios no es una ideología ni una tradición religiosa. Es el gobierno soberano de Cristo que transforma vidas, familias, comunidades y culturas. Y ese Reino avanza cuando hombres y mujeres se levantan con valor y con pasión, para vivir, pensar, crear y trabajar como ciudadanos del cielo en medio de la tierra.

El arte puede reflejar la belleza del Reino que habita en nuestros corazones. Que la educación enseñe la verdad de nuestras riquezas internas. Que los medios comuniquen nuestra esperanza y nuestra fe. Que la cultura, en su diversidad, nos encuentre ocupando nuestro lugar, contribuyendo con nuestra sabiduría espiritual, y potenciando capacidades que conviertan la comunicación cultural en un campo fértil para la siembra del Reino. Esta es parte de nuestra misión. Esta es una gran oportunidad. No

debemos escapar con temor, sino ocupar nuestro lugar en el arte, en la educación y en la cultura en general.

¿Por qué considero que la cultura del Reino es un sistema? Un sistema cultural es un concepto que engloba los elementos que conforman el desarrollo de un grupo social: Es decir, normas, valores, creencias, prácticas y formas de comunicación. Es el conjunto de elementos que define y guía el comportamiento de los individuos dentro de un grupo determinado, creando un marco de referencia para interpretar el mundo y facilitando la cohesión social y la identidad.

Los componentes claves del sistema cultural del Reino son las reglas y principios que guían el comportamiento de los individuos en una cultura; las ideas y convicciones que los miembros comparten sobre el mundo y su significado; las acciones y comportamientos habituales; las formas de comunicación, como el lenguaje, el arte y la música; y los elementos que representan ideas y valores culturales, como banderas, monumentos o símbolos religiosos.

La cultura del Reino no son jóvenes haciendo música en una reunión dominical, ni un grupo de danzarinas realizando una coreografía, ni un hermano leyendo un poema, ni un grupo presentando una obra de teatro con mensajes bíblicos. La cultura del Reino es un sistema mucho más complejo, valioso y capaz de penetrar otros sistemas, dando testimonio de lo que implica vivir en comunión con el Espíritu del Creador.

Sinceramente, me apena mucho cuando veo a cantantes cristianos copiando melodías de gente impía, o jóvenes imitando el arte, la moda o las tendencias de personas sin Dios, como si no pudiéramos ser más creativos y eficientes teniendo en nosotros al Espíritu del Creador. No necesitamos copiar ni imitar nada; podemos funcionar con la sabiduría y las capacidades que el Señor nos da. Eso es lo que puede impactar al mundo, no una mediocre imitación.

El sistema cultural del Reino de Dios es mucho más que arte; se refiere a la forma en que los valores, principios y normas del Reino influyen en la vida cotidiana, la sociedad y las relaciones humanas, creando una cultura distinta a la del mundo. Este sistema se manifiesta en cómo los creyentes viven, piensan y se relacionan, mostrando una forma de vida guiada por la Biblia y el Espíritu Santo, que busca reflejar la justicia, la paz y el gozo de Dios en todo lo que hacemos o creamos.

Cuando los cristianos demostramos dependencia de Dios y priorizamos Su voluntad en todas nuestras decisiones y acciones, reconociendo Su autoridad y soberanía; cuando practicamos la humildad, la generosidad y el servicio a los demás, en lugar de buscar el reconocimiento personal; cuando buscamos la paz con Dios, con los demás y con nosotros mismos, resolviendo conflictos y restaurando relaciones; cuando actuamos con justicia y equidad, defendiendo los derechos de los más vulnerables y promoviendo el bienestar de la comunidad; cuando manifestamos amor y compasión hacia todos, especialmente

hacia quienes sufren o necesitan ayuda, sin duda causamos un gran impacto en nuestro entorno, y eso también se traduce en excelencia en todo lo que podamos crear.

En resumen, la cultura del Reino de Dios es un modo de vida basado en principios bíblicos, que se manifiesta en la forma en que los creyentes interactúan con Dios, entre sí y con el mundo, buscando reflejar la naturaleza y los propósitos de Dios en la tierra. La cultura del Reino es mucho más que hacer música, cantar, pintar, escribir o actuar. Es mucho más que expresiones artísticas: es un modo de vivir que abarca todo.

La cultura del Reino es el conjunto de valores, lenguaje, costumbres y hábitos que nos mantienen conectados al corazón de Dios. La obediencia al Señor es una parte fundamental de esta cultura. Todos pueden tener talentos y capacidades, pero solo los hijos de Dios comprometidos con Su propósito caminan en dependencia y obediencia espiritual. Eso es lo que verdaderamente impacta y se refleja en todo lo que hacemos.

La cultura de Cristo es la cultura del Reino de Dios. Nuestro llamado es dar a conocer a Cristo en todas las esferas de la existencia humana. Estamos llamados a traer el cielo a la tierra, no a llevar la tierra al cielo. Cuando antes de tomar cualquier acción nos preguntamos: ¿Cómo manejaría Jesús este asunto? y procedemos a actuar conforme a lo que Él haría, independientemente de lo que sea popular o tendencia,

hacemos cumplir la cultura de Cristo, y eso impacta todo nuestro entorno.

La Palabra nos ha dado el título de ***"Embajadores de Cristo"*** **(2 Corintios 5:20)**. Por lo tanto, nuestro actuar debe reflejar tal título, ya que representamos a Jesús. Él es la imagen del Dios invisible, el Creador de cielos y tierra, así como de todo el universo. ¡Qué enorme privilegio tenemos al poder representarlo! ¡Y qué enorme responsabilidad ser embajadores del Reino de Dios!

En la vida del Reino no podemos procurar ser y hacer todo de manera perfecta, porque Pablo dijo que vamos en busca de la perfección, pero aún habitamos este cuerpo de muerte y nuestra humanidad evidencia sus errores. Sin embargo, debemos ser voluntariosos, críticos y exigentes en todo lo que hacemos.

Hay hijos del Reino que son impuntuales, informales, hacen su trabajo a medias, no cumplen plazos, faltan a su palabra o hacen mal sus tareas; eso no es parte de la cultura del Reino. Los hijos del Rey debemos ser responsables, prolijos, limpios, puntuales y comprometidos con todo lo que emprendemos, porque somos representantes del Rey en la tierra y porque somos sus hijos; de manera que todo lo que hacen los hijos habla bien o mal del Padre.

He visto con tristeza que el mal testimonio de muchos destruye la fe de aquellos que asocian a los cristianos con la iglesia. Es lógico que lo hagan, pero es ilógico que nosotros,

conociendo la Palabra y el corazón de nuestro Dios, no actuemos responsablemente. Como ciudadanos del Reino, debemos hacer todo imitando a Jesucristo, quien siempre hizo todo con excelencia y responsabilidad. El apóstol Pablo dijo:

"Sed imitadores de mí,
Como yo lo soy de Cristo."
1 Corintios 11:1

Espero que en este tiempo que afortunadamente vivimos, podamos manifestar el sentir de Dios en la tierra, cuidando con sumo esmero la cultura, que hoy tan peligrosamente ataca nuestros valores y nuestra integridad espiritual.

La cultura de este sistema es más peligrosa de lo que muchos creen últimamente, y cuando alguien habla livianamente de su peligro, es solo un síntoma de que está siendo penetrado por ella.

No parece nada malo comer una fruta, sin embargo, esa fruta puede hacernos pasar del huerto al campo, de la abundancia al sudor de la frente. Puede llevarnos de la vida a la muerte y de la bendición a la maldición. ¡Cuidado, mis amados!

No debemos temer a la cultura; el temor solo es para Dios. Sin embargo, ¡cuidado! La cultura no es inocente y es la mayor conspiración de las tinieblas contra el Reino de

Dios. En lugar de ser afectados por el sistema cultural de este mundo, debemos proponer un sistema cultural mucho más profundo, íntegro y responsable. Entonces sí, la educación, los valores, el arte y las costumbres podrán ser efectivamente impactados por el Reino de Dios.

"Tuyos son, Señor,
La grandeza y el poder,
La gloria, la victoria y la majestad.
Tuyo es todo cuanto hay
En el cielo y en la tierra.
Tuyo también es el reino,
Y tú estás por encima de todo"
1 Crónicas 29:11 NVI

Capítulo seis

SISTEMAS DE GOBIERNO ESPIRITUAL

"Es mejor refugiarse en el Señor
Que confiar en el hombre.
Es mejor refugiarse en el Señor
Que confiar en príncipes.
Salmo 118:8 y 9 NBLH

La política es una de las esferas más visibles donde se libra la batalla entre la luz y las tinieblas. En ella convergen intereses humanos, poderes territoriales, ideologías y ambiciones, pero también existen oportunidades para manifestar la justicia, la verdad y la compasión del Reino de Dios.

Para muchos cristianos, este campo ha sido visto como contaminado y ajeno a la fe; para otros, como una vía de conquista para imponer valores. Sin embargo, el Reino no se impone, se manifiesta; no se conquista con votos, sino con vidas rendidas. Y eso exige una participación bajo un claro discernimiento espiritual.

Los gobiernos terrenales nunca deben ser confundidos como la autoridad suprema detrás de todos los asuntos de la sociedad. Cuando aprueban leyes que ignoran o violentan la voluntad de Dios, y pretenden obligarnos a los cristianos, a traicionar el señorío de Dios sobre nuestras vidas y familias, debemos decidir, tal como lo hicieron los apóstoles, y afirmar como ellos afirmaron: ***"Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres"*** **(Hechos 5:29)**.

La Escritura está llena de ejemplos de hombres y mujeres que sirvieron en entornos políticos sin dejar de ser fieles a Dios. José, en Egipto, pasó de ser esclavo y prisionero a convertirse en gobernador. Su ascenso no fue por ambición política, sino por fidelidad en cada etapa de su vida. **Génesis 41:38 al 40** nos muestra cómo Faraón reconoció que el Espíritu de Dios estaba en él, y por eso le confió la administración de la nación en tiempos de crisis.

José no negoció sus principios, no se dejó corromper y usó su posición para salvar no solo a Egipto, sino también a su familia y a otras naciones del hambre que azotó al planeta. Su liderazgo fue justo, misericordioso y visionario. A pesar de gobernar en una nación idólatra y con una cultura perversa, José fue un gran ejemplo de integridad y honra a Dios.

Otro ejemplo impresionante es el de Daniel, el joven hebreo exiliado en Babilonia. **Daniel 1:8** declara que ***"propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey"***. Esa decisión, tomada en lo secreto, marcó

el tipo de liderazgo que ejercería en público. Fue promovido por su excelencia y sabiduría, y su fidelidad a Dios lo llevó a ser una voz profética ante cuatro imperios.

Cuando la ley prohibió orar a otro dios que no fuera el rey, Daniel no se escondió ni se justificó. Abrió las ventanas como siempre lo hacía y oró a Dios **(Daniel 6:10)**. Prefirió ser lanzado al foso de los leones antes que comprometer su fe. El resultado fue que el rey reconoció al Dios de Daniel como ***"el Dios viviente que permanece para siempre"*** **(Daniel 6:26)**.

Ester, por su parte, fue una joven judía que llegó al palacio persa en circunstancias que no eligió. No buscó el trono, pero comprendió que su posición tenía un propósito mayor. Mardoqueo le recordó: ***"¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?"*** **(Ester 4:14)**. Con valentía y estrategia espiritual, convocó al pueblo a un ayuno, y se presentó ante el rey sin haber sido llamada, arriesgando su vida por la salvación de su pueblo. Su ejemplo nos enseña que una presencia con discernimiento implica saber cuándo hablar, cuándo callar, cuándo actuar y cuándo esperar en Dios.

Bíblicamente, hay muchos ejemplos más, pues muchos grandes hombres de fe fueron gobernantes en su época. Moisés fue un líder que, bajo la supervisión de Dios, gobernó la nación hebrea; Josué también lo fue. Luego hubo jueces como Gedeón, Sansón, Jefté, Otoniel, entre otros. Más adelante, reyes como Saúl, David, Salomón, Josafat, Josías y

muchos otros. Algunos buenos y otros malos, pero es claro que aquellos comprometidos con Dios, tuvieron excelentes gestiones de gobierno, mientras que los que actuaron impíamente fracasaron de manera rotunda. La fe y la obra de Dios no estaban ajenas al poder político y militar de las naciones, y hoy en día, no hay diferencia en tal asunto.

Al mirar el escenario político actual, es evidente que el pueblo de Dios enfrenta grandes desafíos. Algunos caen en el extremo del politicismo, usando el nombre de Dios como herramienta para ganar influencia. Confunden el Evangelio con una ideología, y el Reino con un partido político. Pero recordemos que Jesús dijo: ***"Mi Reino no es de este mundo"*** **(Juan 18:36)**.

El Reino trasciende los sistemas humanos. No puede ser manipulado por agendas terrenales. Cuando la Iglesia se alía ciegamente con partidos o líderes por conveniencia, corre el riesgo de perder su voz profética, perder su eje y quedar atrapada en una gran mentira. Es cierto que puede haber mejores o peores partidos políticos, pero ninguno está libre del humanismo y la maldad.

Por otro lado, la indiferencia es igualmente peligrosa. Hay quienes piensan que, como nuestra ciudadanía está en el cielo, no debemos involucrarnos en asuntos sociales o cívicos. Pero esto contradice el mandato de Jesús de ser sal de la tierra y luz del mundo **(Mateo 5:13 al 16)**.

Sal que se queda en el salero no sirve; luz que se esconde bajo un cajón no alumbra. El profeta Jeremías, escribiendo a los exiliados en Babilonia, les dijo: ***"Buscad la paz de la ciudad... y orad por ella, porque en su paz vosotros tendréis paz"*** **(Jeremías 29:7)**. Notemos que aun en tierra ajena, el pueblo de Dios debía involucrarse en el bienestar de la comunidad.

Participar con discernimiento en el ámbito político no significa hacer proselitismo religioso, sino encarnar los valores del Reino con integridad. Un creyente puede servir en cargos públicos, postularse, asesorar o influir en decisiones políticas, siempre y cuando su corazón permanezca rendido al Señor.

La clave es la identidad. Antes que políticos, somos discípulos; antes que líderes, somos siervos. Esto nos guarda de la idolatría del poder y de la corrupción. Como dice el **Salmo 75:7**: ***"Dios es el juez; a este abate, y a aquel enaltece"***. Él pone y quita reyes. Nuestra confianza está en Él, no en estructuras humanas.

Es fundamental recordar que el Reino se manifiesta a través del carácter. No se trata solo de lo que creemos, sino de cómo vivimos. La vida de un cristiano en política debe reflejar la justicia de Dios, la compasión de Cristo y la sabiduría del Espíritu Santo. Como dice **Miqueas 6:8**: ***"¿Qué pide Jehová de ti? Solamente hacer justicia, amar misericordia, y humillarte ante tu Dios"***. Ese es el modelo de liderazgo que agrada al Señor.

En la historia hay muchos cristianos que han tenido roles muy destacados en la política de sus países. Entre los más recientes, destacan figuras como Ben Carson, médico cristiano que sirvió en el gobierno de Estados Unidos. Su testimonio, más que sus logros políticos, ha dejado una huella profunda. (Les recomiendo buscar en redes su historia de vida y trayectoria como médico y político).

Otros cristianos involucrados en política fueron hombres como Jimmy Carter, quien fuera presidente de Estados Unidos y era conocido por su profunda fe cristiana y compromiso con la ética y los derechos humanos. Tras su presidencia, dedicó gran parte de su vida a labores humanitarias en varias organizaciones cristianas.

Podría citar a Nelson Mandela, presidente de Sudáfrica, quien aunque no fue un político evangélico tradicional, su fe cristiana influyó notablemente en su visión de justicia y reconciliación. Su vida fue un ejemplo de perdón, unidad y lucha por la dignidad humana, valores profundamente cristianos. Mandela creció en la Iglesia Metodista y frecuentemente habló sobre valores cristianos, que fueron pilares en su lucha contra el Apartheid y en su visión para una Sudáfrica unida.

También podría mencionar a Angela Merkel, quien ejerció la presidencia en Alemania. Muchos no saben que su fe luterana influyó en su enfoque político. Fue respetada por su integridad y liderazgo en tiempos difíciles. Por supuesto,

la política es un sistema complejo y no todos los que la ejercen están libres de influencias negativas.

Podría nombrar a John Kasich, quien fue gobernador de Ohio, Estados Unidos. Hombre abiertamente cristiano, siempre destacó cómo su fe guiaba sus decisiones políticas. Incluso hoy tenemos a Donald Trump, quien se declara cristiano y está rodeado de ministros evangélicos que lo aconsejan.

Podría nombrar a Jimmy Morales, expresidente de Guatemala, que antes de entrar en política fue pastor evangélico. Su gobierno tuvo un enfoque en valores cristianos, aunque también enfrentó controversias. En la actualidad, Nayib Bukele, presidente de El Salvador, se declara cristiano y ha impulsado reformas significativas en su país.

Podría citar a José Antonio Kast, político chileno conocido por su discurso basado en principios cristianos y valores tradicionales. Ha ganado apoyo entre sectores evangélicos y católicos conservadores.

En fin, hay muchos más que en este tiempo ejercen cargos de gobierno, pero no deseo entrar en controversias. No deseo analizar la espiritualidad ni la conversión de cada uno, ni tampoco juzgar sus acciones; solo menciono a personas que, declarándose cristianos públicamente, ejercen roles políticos en sus países. Cada quien analice gestiones y saquen conclusiones, no ha sido mi intención en estas menciones,

solo estoy tratando de enseñar que la política no es un monstruo al que debemos temer, todo depende de nuestra mentalidad.

Es importante dejar claro que tener o declarar una fe cristiana no exime a los políticos de errores o controversias, pero puede motivarlos a buscar servir con integridad y justicia si son sinceros creyentes. En muchos casos, el testimonio público se mide no solo por declaraciones, sino por acciones coherentes con la fe que profesan.

Aunque menciono la política como una posición de autoridad que puede influir y ayudar a las naciones, no creo que los sistemas de gobierno humano sean redimibles. Cuando el Señor venga, gobernará la tierra como Rey de reyes y Señor de señores. No habrá lugar para democracias u otros sistemas humanos. No debemos depositar nuestra esperanza en sistemas de gobiernos que llegarán a su fin, solo debemos trabajar para mejorar nuestros ámbitos de vida con limpia consciencia, y con esperanza en la venida del Señor.

Lo que expreso no busca la conquista cristiana en ámbitos terrenales, sino sentar las bases para un sistema de gobierno espiritual que atraviese todos los estratos sociales, incluyendo la política. Reitero, no es la gestión política la que puede cambiar el mundo, de eso se encargará el Señor, nosotros debemos dar testimonio del Reino en todo estrato de la sociedad y a través de toda función, una de las cuales puede ser la gestión política.

Tampoco sugiero que los cristianos deban buscar cargos políticos; no todos estamos llamados a ocupar un puesto público, pero sí puedo afirmar que todos estamos llamados a orar, a interceder, a formar conciencia y a vivir como ciudadanos del Reino.

El apóstol Pablo exhorta a orar ***"por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad"*** **(1 Timoteo 2:2)**. La oración tiene poder para transformar gobiernos, y la acción guiada por el Espíritu puede abrir puertas donde parecía imposible influir.

Participar con discernimiento también implica aprender a decir "no" cuando el sistema exige algo que compromete nuestra fe. Como los tres jóvenes hebreos frente a la estatua de oro, debemos estar dispuestos a decir: ***"Nuestro Dios puede librarnos… y si no lo hace, igual no nos postraremos"*** **(Daniel 3:17 y 18)**. Esa firmeza es la que impacta. Esa es la presencia que desafía al mundo.

La política no es el salvador del mundo. Solo Cristo lo es. Pero mientras vivimos en esta tierra, somos embajadores de un Reino superior. Nuestra tarea no es aislarnos ni entregarnos ciegamente, sino discernir los tiempos, orar como Nehemías, actuar como José, hablar como Ester, resistir como Daniel y servir como nos enseñó Jesús, que siendo Rey se comprometió con la necesidad de la gente. Así, el Reino de Dios se hace visible en medio de los reinos de este mundo.

Hace aproximadamente veinte años fundé la EGE (Escuela de Gobierno Espiritual), Escuela a través de la cual, he enseñado en diferentes ciudades y países sobre la importancia de vivir bajo una mentalidad de Reino, comprendiendo que el Reino no es de este mundo y que nuestra autoridad y poder como hijos de Dios es puramente espiritual.

Vivir bajo el gobierno del Padre nos reviste de autoridad en Cristo para manifestar en todo lugar el poder del Espíritu Santo que nos guía y habita. No considero que la Iglesia deba gobernar todos los sistemas de esta sociedad, porque esa no es nuestra tarea y porque la mayoría de los sistemas no tienen oportunidad de redención. Lo que debemos hacer es manifestar los sistemas del Reino, atravesando todo lo que acontece en la tierra.

Aunque viajo por otros países, soy ciudadano argentino y puedo referirme a mi país, pues es el que más conozco. La verdad es que, durante mucho tiempo, la Iglesia evangélica en Argentina transitó un camino con un perfil muy bajo frente al escenario político nacional.

Su crecimiento, especialmente desde mediados del siglo XX, se enfocó mayormente en la evangelización, la edificación espiritual, la formación de líderes y el servicio social. Sin embargo, el surgimiento de nuevas problemáticas éticas, culturales y legislativas trajo un desafío inevitable: ¿cómo debe posicionarse la Iglesia frente al poder político y

las decisiones que afectan directamente los valores bíblicos y la vida de los ciudadanos?

Esta pregunta, que muchos creyentes y pastores intentan responder, requiere una comprensión madura del Reino de Dios, de la historia reciente de nuestra nación y del papel que el pueblo de Dios está llamado a cumplir con discernimiento espiritual y fidelidad bíblica.

Que el Reino no sea de este mundo, no implica que carezca de influencias en la tierra, sino que su naturaleza no es política ni ideológica, sino espiritual, transformadora, eterna y santa. El Reino de Dios no se impone con violencia ni se construye con estrategias humanas, pero sí se manifiesta a través de una Iglesia que vive como testigo fiel en medio de una sociedad quebrantada.

Argentina es una nación rica en recursos, pero empobrecida en justicia; llena de historia, pero cargada de ciclos de corrupción, desigualdad y decadencia moral. En este contexto, la Iglesia no puede permanecer indiferente ni ser seducida por la búsqueda de poder. Está llamada a ser sal que preserva y luz que alumbra, una presencia profética que actúa con sabiduría y amor por el bien de la nación.

La historia reciente muestra un cambio progresivo en la participación evangélica en el espacio público. Las marchas masivas en defensa de la vida y la familia, especialmente en los últimos años, marcaron un antes y un después. Muchos pastores y líderes comenzaron a

involucrarse más activamente en debates legislativos, en foros de discusión pública, en medios de comunicación y en la formación de espacios de participación política.

En estos tiempos han surgido voces proféticas, pero también errores, confusiones y divisiones. Algunos sectores cayeron en la trampa del politicismo, alineándose ciegamente con determinados partidos o líderes, comprometiendo su testimonio y confundiendo su misión espiritual con una causa terrenal.

Otros, por temor o por una teología de separación total, optaron por la indiferencia, desentendiéndose de las necesidades sociales y de la responsabilidad cívica. Ninguno de estos extremos refleja la verdad del Evangelio ni la vocación del Reino.

Lo que se necesita es una Iglesia equilibrada, arraigada en la Palabra y guiada por el Espíritu, capaz de discernir los tiempos y actuar con una conciencia limpia. No estamos llamados a aislarnos del país ni a fusionarnos con sus sistemas, sino a interceder, testificar, influir y procurar el bien común desde una posición de identidad espiritual firme y un amor práctico.

En Argentina, esta participación debe evitar caer en la euforia del poder. La misión del creyente no es conquistar el Estado, sino reflejar la justicia de Dios en cada espacio de la sociedad. Esto puede incluir servir en cargos públicos, formar parte de procesos legislativos, educar a la ciudadanía,

denunciar la corrupción, defender la verdad y levantar la voz por quienes no tienen voz.

La Biblia está llena de ejemplos de hombres y mujeres que sirvieron a Dios desde posiciones de gobierno sin perder su integridad, y todos fueron usados por Dios para traer justicia en tiempos de tinieblas. Del mismo modo, hoy la Iglesia necesita formar a sus miembros con una cosmovisión bíblica del mundo y del gobierno.

No basta con alentar la participación política; es necesario discipular políticamente, enseñar los principios del Reino y preparar a los creyentes para actuar con sabiduría, sin ingenuidad ni fanatismo. La participación en política no debe ser emocional ni reactiva, sino estratégica, madura, fundamentada en la Palabra y acompañada por la comunidad de fe.

Quien aspira a representar valores cristianos en el ámbito público debe ser primero probado en lo pequeño, sostenido en oración y guiado pastoralmente. La política es un terreno donde la tentación y la presión son fuertes, y solo una vida anclada en la presencia de Dios puede resistir la corrupción del sistema.

Por otro lado, la Iglesia como cuerpo colectivo también tiene una función profética que no puede delegar. Está llamada a hablar cuando otros callan, a levantar la voz por la verdad, a denunciar la injusticia, a defender la vida desde la concepción hasta la vejez, a resistir las ideologías que

distorsionan la imagen de Dios en el ser humano y a sostener los principios del Reino con convicción, sin odio ni violencia. Esta voz profética debe estar impregnada de gracia y verdad, como la de Jesús, quien nunca dejó de decir la verdad, pero siempre lo hizo desde el amor redentor.

En estos días, donde el discurso político está marcado por la polarización, la mentira, la manipulación y la desinformación, la Iglesia evangélica en Argentina tiene la oportunidad de ser un faro de verdad, una comunidad que no busca privilegios sino justicia, no busca poder sino servicio.

No se trata de crear un partido nuevo ni una "Iglesia política", sino de que la Iglesia, siendo fiel a su llamado espiritual, impacte también el mundo político con la luz de Cristo. Así, los creyentes no serán arrastrados por los vientos ideológicos del momento, ni quedarán paralizados por el miedo, sino que caminarán con la dignidad de quienes saben que su ciudadanía está en los cielos, pero que, mientras viven en esta tierra, tienen una misión que cumplir.

Que en esta hora de desafíos, la Iglesia en Argentina escuche el llamado del Reino a ser presencia con discernimiento. Que no se esconda ni se venda, que no se contamine ni se divida, sino que, con los ojos puestos en Jesús, el Rey de reyes, sea una voz firme y humilde en medio de la confusión.

Que los creyentes vivan como embajadores del Reino en todas las esferas, incluyendo la política, sabiendo que toda

autoridad viene de Dios, y que un día, todo poder humano será sometido al justo gobierno de Cristo. Mientras tanto, que vivamos como ciudadanos del Reino que oran, actúan, sirven y testifican para que Argentina y cada país habitado por cristianos conozcan la justicia, la paz y el gozo que solo una vida de Reino les puede proporcionar.

"Pero tú, espera en el Señor, y vive según su voluntad, que Él te exaltará para que heredes la tierra.
Cuando los malvados sean destruidos,
Tú lo verás con tus propios ojos".
Salmo 37:34 NVI

Capítulo siete

SISTEMAS DE PODER DEL REINO DE DIOS

"Que te alaben, Señor, todas tus obras;
Que te bendigan tus fieles.
Que hablen de la gloria de tu reino;
Que proclamen tus proezas,
Para que todo el mundo conozca tus proezas
Y la gloria y esplendor de tu reino.
Tu reino es un reino eterno; tu dominio permanece
Por todas las edades.
Y bondadoso en todas sus obras."
Salmo 145:10 al 13 NVI

El poder del Reino es espiritual, pero absolutamente dominante cuando Dios lo determina. Se manifiesta a través de un conjunto de elementos y formas interrelacionadas que funcionan como un todo; por eso, podemos considerarlo un sistema de poder. Los hijos de Dios somos parte activa de ese sistema, y por ello es vital que comprendamos su dinámica y funcionemos en ella.

Es necesario aclarar esto, porque el poder del Reino puede ser visto, desde una perspectiva natural, como una debilidad y no precisamente como un poder. Por ejemplo: en el Reino, el amor es más poderoso que el odio; la paz, más poderosa que la guerra; el perdón, más que la fuerza; la bendición, más que la maldición; la humildad, más que el orgullo; servir, más que ser servido; y dar, más que recibir.

Hace un tiempo escribí un libro titulado "Dinámica de Reino", que trata este tema tan peculiar, y recomiendo su lectura para una mayor comprensión. En el Reino, la mayoría de las cosas es al revés de lo que se considera aquí en la tierra: el último es el primero, el mayor es el menor, el postrero es el primero, el que pierde gana, el que da es el que más tiene, el débil es fuerte, el que nada sabe recibe sabiduría, y el que pierde su vida, la salva; a la vez que el que la quiere salvar, la pierde. Esto puede parecer muy loco para la razón, pero es así.

El Reino vence con el bien al mal, con la luz a las tinieblas, con el amor a los que odian, con la humildad a los orgullosos. El sistema de poder del Reino debe funcionar a través de cristianos determinados a darlo todo por el Reino: hombres y mujeres que pierden para ganar, dejando en evidencia el poder de Dios.

La vida de los hijos de Dios no puede manifestarse como un retiro espiritual apartado del dolor del mundo, sino como una misión activa en medio de él. El Reino de Dios no es una idea abstracta ni una experiencia reservada al ámbito

eclesiástico, sino una realidad espiritual que se manifiesta en el carácter, en las obras y en la compasión por los débiles, los necesitados y los perdidos.

En un tiempo donde el sufrimiento, la injusticia y la desesperanza social son tan visibles, el compromiso del cristiano no puede limitarse a orar desde lejos o a hablar desde la comodidad de sus círculos religiosos. Si deseamos manifestar el poder del Reino, debemos actuar bajo la unción del servicio.

Cristo mismo, Rey del Reino, se encarnó y caminó entre los seres humanos, llorando con aquellos que sufrían, tocando a los marginados, a los pobres y a los enfermos. Levantó a los caídos, perdonó a los condenados y devolvió honra a los despreciados. Su vida nos enseña que la verdadera espiritualidad no se manifiesta en la pasividad, sino que se involucra sin contaminarse.

Mantener el fuego espiritual mientras se sirve en contextos sociales difíciles es un desafío real. Muchos comienzan bien, movidos por un deseo sincero de ayudar, pero en el camino pierden la pasión, el enfoque o incluso su santidad. El poder de amar, servir, dar y ayudar a quienes lo necesitan es incomprensible para muchos, pero indiscutible para una vida de Reino.

El poder del Reino no puede sostenerse únicamente por la emoción de dar o la necesidad de ayudar; debe nacer de una profunda comunión con Dios. Solo la oración

constante, el alimento diario de la Palabra y la intimidad con el Espíritu Santo pueden preservar el corazón de servicio legítimo en medio de oposiciones, presiones y cansancio.

Servir a los demás sin antes haber estado con Dios expone al agotamiento y a la frustración. Lo social y lo espiritual no deben separarse; el poder de nuestro testimonio nace en el lugar secreto y se expresa con autoridad en lo público.

La Escritura declara: ***"La fe sin obras está muerta"*** **(Santiago 2:26)**, pero también advierte que las obras sin comunión son vacías; por eso Jesús dijo: ***"Separados de mí, nada podéis hacer"*** **(Juan 15:5)**. Los creyentes debemos caminar en esa tensión sagrada, con las manos activas, pero con el corazón en el cielo; con pies que pisen la tierra, pero con la mirada fija en el Trono celestial.

No se trata de elegir entre oración o acción, sino de vivir una acción saturada de oración, una justicia que nace de la gracia, una compasión que refleja el corazón de Dios. El Reino de Dios no es filantropía ni activismo ideológico. No se construye con slogans ni con estrategias humanas. Es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo **(Romanos 14:17)**, y eso solo puede darse donde el Rey reina verdaderamente en el corazón de quienes sirven.

En la actualidad, hay ejemplos poderosos de creyentes que viven esta realidad. En algunos territorios muy desfavorecidos, algunas iglesias han abierto comedores

comunitarios que no solo brindan alimento físico, sino también oración, consuelo, enseñanza bíblica y sanidad interior a familias golpeadas por la pobreza. Otros ministerios brindan asistencia material, y contención emocional. Al final esto no es otra cosa que poner en marcha los sistemas de poder del Reino de Dios.

"Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis."
Mateo 25:35 al 40

No pocas veces los cristianos somos cuestionados por nuestra fe, pero en momentos claves debemos buscar en la intimidad con Dios y en la ayuda de otros hermanos, consejo o intercesión. No tengo duda de que la firmeza de una fe inquebrantable y el espíritu de servicio a la sociedad, pueden impactar a muchos. Así es como debemos cumplir lo dicho por Pedro: ***"manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles, para que… glorifiquen a Dios en el día de la visitación"*** **(1 Pedro 2:12)**.

Al vivir y servir en medio de los reinos humanos, es fundamental recordar que el Reino de Dios es de otra naturaleza. Jesús dijo que sus discípulos están en el mundo, pero no son del mundo **(Juan 17:14 al 16)**. Esto implica que, aunque participamos en las dinámicas sociales, no nos regimos por sus valores.

Donde hay competencia, llevamos humildad; donde hay corrupción, llevamos integridad; donde hay desesperanza, llevamos la esperanza viva del Evangelio. En los sistemas humanos, todo gira en torno al poder, la eficiencia o el mérito. En el Reino de Dios, lo que importa es la obediencia, la fidelidad y el amor, porque estas cosas son un poder mayor. En los sistemas humanos se premia al que más logra; en el Reino, al que más sirve. No podemos olvidar esta diferencia, porque de ella depende la pureza de nuestro testimonio.

La sociedad no necesita una Iglesia que copie sus sistemas, sino una Iglesia que refleje un poder diferente. Una Iglesia que sirve sin esperar aplausos, que ora mientras actúa, que predica mientras alimenta, que abraza mientras intercede. Solo así el testimonio espiritual tendrá poder para transformar no solo circunstancias, sino corazones. Y ese es el verdadero fruto del Reino.

En tiempos donde la necesidad clama desde cada rincón de la sociedad, y donde muchos se pierden en el activismo sin rumbo o en la espiritualidad sin fruto, el Reino

de Dios nos llama a una vida integrada: profunda en lo espiritual y comprometida en lo social.

No somos espectadores ni sobrevivientes de este mundo caído, sino portadores de una luz que no puede esconderse, agentes de un Reino que avanza en silencio pero con poder, en cada acto de amor, en cada palabra con gracia, en cada mano extendida con compasión.

El fuego del Espíritu no nos fue dado para ser guardado entre paredes religiosas, sino para arder en plazas, hospitales, escuelas, barrios, cárceles, oficinas y calles donde habita el dolor humano. Pero para que ese fuego no se apague, debemos cuidar el altar del corazón. La oración constante, la Palabra viva y la comunión íntima con Dios son el sustento de quienes desean impactar este mundo sin perderse en él.

Hoy más que nunca, la Iglesia necesita hombres y mujeres que comprendan que el testimonio más poderoso no es el del que solo habla, sino el del que vive lo que predica; que enciende esperanza donde hay oscuridad; que camina con firmeza donde otros retroceden; que muestra a Cristo con hechos tanto como con palabras.

Que el Señor nos halle fieles, no en lo grande a los ojos humanos, sino en lo eterno a los ojos del Reino. Y que, al servir con compromiso social, el fuego del Espíritu no se apague, sino que arda con más fuerza, alumbrando a muchos el camino hacia el Rey de justicia que pronto vendrá. Que la gente pueda comprender que en la venida del Reino todo

sistema de poder encontrará su punto de unidad en Él, y el mundo conocerá al Rey de reyes.

"El Señor reinará sobre toda la tierra. En aquel día el Señor será el único Dios, y su nombre será el único nombre."
Zacarías 14:9

La historia no se mueve al azar ni está destinada al caos permanente. La Palabra de Dios nos revela un final glorioso que ilumina todo el camino de la Iglesia y de cada creyente fiel. Por eso no debemos claudicar ante las presiones del sistema; debemos perseverar en el poder de la humildad. El Reino de Dios, que ya fue inaugurado en la venida de Cristo, pronto tendrá el día de su manifestación plena y gloriosa en Su segunda venida.

El apóstol Juan, en el libro de Apocalipsis, contempló una visión que no es solo una promesa lejana, sino una esperanza viva que transforma la manera en que vivimos hoy: ***"Vi un cielo nuevo y una tierra nueva… y la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descendía del cielo, de parte de Dios"*** **(Apocalipsis 21:1 y 2)**. Esa visión no fue dada para alimentar el escapismo, sino para inspirar fidelidad, perseverancia y transformación en el aquí y ahora.

Un cielo nuevo y una tierra nueva donde more la justicia es una tierra redimida, y una ciudad santa que desciende, no una Jerusalén que asciende. La Biblia es clara: ***"Los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con***

abundancia de paz" **(Salmo 37:11)**, y ***"Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella"*** **(Salmo 37:29)**. El diseño final no es terminar en una casita en el cielo, sino en una tierra llena de la gloria de Dios.

A diferencia de una espiritualidad que espera huir del mundo, la esperanza escatológica del Reino impulsa al creyente a comprometerse con la historia presente y futura del planeta. Saber que Cristo reinará con justicia perfecta no nos adormece, sino que nos despierta a vivir conforme a ese Reino desde ahora y hasta Su venida.

Jesús enseñó a orar: ***"Venga tu Reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo"*** **(Mateo 6:10)**. Esta oración no es una simple fórmula litúrgica, sino una declaración profética que nos posiciona como embajadores del Reino, sembrando justicia, paz y verdad en medio de una tierra marcada por el pecado y la injusticia. Los cielos nuevos y la tierra nueva no cancelan nuestra responsabilidad presente, sino que la iluminan con sentido eterno y glorioso.

Los primeros cristianos vivieron con esa esperanza ardiente. Sabían que su ciudadanía estaba en los cielos **(Filipenses 3:20)**, pero la idea no era irse al cielo, sino esperar con fidelidad la venida del Rey que traería la esencia del gobierno del cielo a la tierra. Ellos esperaban la venida gloriosa del Señor, pero no cruzados de brazos, sino extendiendo las manos, anunciando el Reino, transformando comunidades, cuidando a los pobres, edificando iglesias, orando por los enfermos y soportando el sufrimiento con

gozo, sabiendo que nada de lo que hacían en el Señor era en vano.

Esa es la tensión santa en la que vive el cristiano: mirando hacia lo eterno, pero obrando con fidelidad en lo temporal. Porque si creemos que un día Dios enjugará toda lágrima y destruirá toda injusticia, debemos actuar con poder **(Apocalipsis 21:4)**; debemos ser portadores de consuelo, agentes de reconciliación, constructores de puentes y sembradores de paz.

Es verdad que no tenemos todo el poder para cambiar el mundo, pero sí contamos con el poder del Espíritu para manifestar una muestra del Reino que viene. Cada acto de justicia hecho en el nombre de Cristo, cada decisión tomada con integridad, cada palabra hablada con amor, cada obra sostenida por la fe, es una señal visible de que el Reino ya está entre nosotros y que un día se manifestará en toda su plenitud.

La esperanza futura nos preserva del desaliento cuando no vemos resultados inmediatos. Nos recuerda que no todo depende de nosotros, pero también que lo que hacemos tiene eco en la eternidad. No luchamos por una utopía humana, sino por anticipar, en la medida de nuestra obediencia, los valores del Reino eterno.

Esta esperanza no es pasiva, es activa; no es evasiva, es transformadora; no se encierra en el templo, sino que se extiende a la cultura, la educación, la economía, la familia, la

justicia y en todo lugar donde Cristo debe ser presentado como Señor.

Vivir como ciudadanos del Reino es mantener la mirada en el horizonte escatológico, pero con los pies firmes en la tierra que pisamos. Es trabajar, servir y testificar sabiendo que todo será consumado por Aquel que reinará por los siglos de los siglos.

"Y el reino del mundo ha venido a ser el Reino de nuestro Señor y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos."
Apocalipsis 11:15

La Iglesia está llamada a vivir con una esperanza militante, no resignada. Una esperanza que no se deja arrastrar por el pesimismo del mundo, ni por la seducción de los sistemas humanos. Una esperanza que proclama, sirve, ama y transforma, sabiendo que todo lo que ahora sembramos será cosechado en gloria.

Ese es el sistema de poder del Reino de Dios. No necesitamos dominar por imposición, sino transformar por testimonio. No necesitamos imponer estructuras, sino revelar la cultura celestial. No necesitamos competir con los poderes del mundo, sino manifestar la vida de Cristo en todo lugar, sabiendo que no hay poder mayor.

Que el fuego de la esperanza profética no nos lleve a una espera pasiva, sino a una pasión renovada por ver a Cristo

glorificado en nuestra generación. Que al vivir como ciudadanos del Reino hoy, llevemos en nuestras manos y en nuestras vidas la fragancia de lo eterno a cada rincón de este mundo.

Que nuestras ciudades vean una Iglesia que no escapa del mundo, sino que lo transforma con la luz que viene del trono de Dios. Y que cuando el Rey venga, nos halle sirviendo con fidelidad, esperando con gozo y reflejando su gloria en todo lo que hacemos.

No estamos simplemente esperando que todo pase; nos estamos preparando para Aquel que viene. La esperanza escatológica no es un escape, es un encargo. Es la certeza de que el Reino será plenamente manifestado en la tierra, y la invitación es a vivir como si esa plenitud ya estuviera aquí, porque ciertamente, en Cristo, ya ha comenzado. Cada decisión por la verdad, cada gesto de misericordia, cada palabra sembrada con fe, cada acción que refleje el carácter de nuestro Rey está preparando el terreno para la eternidad.

Que no se enfríe nuestro corazón por la demora, ni se nuble nuestra visión por el dolor del presente. Que el Espíritu Santo mantenga viva en nosotros la llama de la esperanza, que arda en medio de la oscuridad con la luz que viene de lo alto. Que la Iglesia del Señor, aun en medio de luchas y debilidades, sea como una ciudad en lo alto del monte, mostrando al mundo que hay otra forma de vivir, otro Reino que no pasa, otro Rey que es diferente, porque no decepciona a nadie, y cuya justicia es implacable.

"¡Miren que viene en las nubes!
Y todos lo verán con sus propios ojos,
Incluso quienes lo traspasaron;
Y por él harán lamentación
Todos los pueblos de la tierra.
¡Así será! Amén."
Apocalipsis 1:7

CONCLUSIÓN FINAL

El Reino de Dios no es una idea abstracta ni un simple concepto teológico; es una realidad dinámica, viva y poderosa que penetra la historia humana y transforma radicalmente vidas. Desde la eternidad, Dios estableció su Reino como el gobierno supremo que regirá toda la creación con justicia, paz y amor perfectos **(Salmo 103:19).**

En la persona de Jesús, ese Reino fue inaugurado de manera definitiva, y a través de Su Espíritu Santo nos llama hoy a vivir como ciudadanos fieles, sembradores de esperanza y agentes de cambio en medio de un mundo que clama por salvación y renovación **(Filipenses 3:20)**.

Este libro nos ha invitado a comprender que los sistemas del Reino no son meras estructuras humanas, sino principios espirituales que deben regir nuestra vida personal, familiar, comunitaria y social **(Romanos 14:17)**.

Hemos aprendido que la cultura, la política, el compromiso social y la transformación global no pueden separarse de una vida espiritual profunda ni de un testimonio coherente con la Palabra de Dios. No se trata de conquistar reinos terrenales con armas de poder, sino de revelar el poder del Reino celestial a través del amor, la integridad y la justicia divina **(Mateo 5:16)**.

El llamado que Dios nos hace es claro: ser luz en la oscuridad **(Juan 8:12)**, sal en un mundo que pierde sabor **(Mateo 5:13)** y fermento que provoca una nueva creación en cada esfera de la vida **(1 Corintios 5:6 al 8)**.

La Iglesia está llamada a un compromiso audaz, pero humilde; a una presencia que no contamine ni se doblegue, sino que, con discernimiento, valentía y gracia, lleve la cultura del Reino hasta el último rincón del mundo **(Romanos 12:2)**.

Nos hemos inspirado en ejemplos bíblicos de hombres y mujeres que supieron ejercer influencia sin renunciar a su fe **(Daniel 1:8; Esther 4:14)**. En la oración constante, la comunión íntima con Dios y la fidelidad a Su Palabra, encontramos la fortaleza que sostiene nuestro compromiso social **(Colosenses 4:2)**.

Además, hemos aprendido que la esperanza escatológica nos impulsa a vivir con los ojos puestos en la plenitud del Reino, sin resignarnos a las injusticias temporales del pecado, sino trabajando con pasión por la justicia y la paz verdadera **(Hebreos 12:1 y 2)**.

El futuro que Dios ha prometido es glorioso: un cielo nuevo y una tierra nueva donde habite la justicia **(2 Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1 al 4)**, un lugar donde Él morará con Su pueblo y donde toda lágrima será enjugada **(Apocalipsis 21:4)**. Mientras ese día llega, somos embajadores de ese Reino **(2 Corintios 5:20)**, responsables de testimoniar con

nuestras vidas que Cristo reina hoy y que Su Reino no tendrá fin **(Apocalipsis 11:15)**.

Que este libro no quede solo en palabras escritas, sino que sea el impulso real que mueva a cada lector a levantarse con una visión clara, un corazón encendido y manos dispuestas a actuar. El Reino de Dios está en medio de nosotros, y es nuestra misión vivir, amar y servir reflejando ese Reino en la tierra **(Mateo 6:10)**.

Confiamos firmemente en que el Señor es fiel para cumplir Sus promesas y que la Iglesia, aunque humanamente imperfecta, será la novia preparada para el Rey glorioso **(Apocalipsis 19:7 y 8)**. Caminemos juntos, en unidad y poder, proclamando con palabras y obras que el Reino de Dios ha llegado y que Sus sistemas de expresión son verdaderamente poderosos **(Efesios 4:15 y 16)**.

Que la gracia, la paz y el fuego del Espíritu Santo nos acompañen en esta hermosa tarea de vivir y extender los sistemas del Reino en nuestra generación. Amén.

Oración final:

"Señor Dios Todopoderoso, Rey eterno y soberano del universo, te damos gracias porque tu Reino es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Gracias porque nos has llamado a ser parte de tu obra, a vivir bajo tu gobierno y a extender tu Reino en esta tierra. Hoy nos presentamos ante ti con

corazones humildes y decididos, pidiendo que renueves nuestra visión y avives en nosotros el fuego de tu Espíritu…

Danos la sabiduría para discernir tu voluntad en medio de los sistemas humanos y la fortaleza para no contaminar nuestro testimonio con las sombras del mundo. Que en cada decisión, palabra y acción reflejemos tu luz y tu verdad, siendo sal que da sabor y luz que ilumina el camino.

Te pedimos que nos mantengas firmes en la oración, constantes en la Palabra y profundos en comunión contigo, porque sin ti nada podemos hacer. Que nuestra esperanza escatológica no sea pasividad, sino el motor que nos impulse a transformar, servir y amar con pasión…

Que la Iglesia se levante como un ejército santo, con manos abiertas y corazones valientes, sembrando justicia, amor y verdad. Que nuestra vida diaria sea un testimonio vivo de que el Reino de Dios está presente y activo, y que tu victoria final nos fortalezca en cada paso…

Señor, que cuando vuelvas, nos halles fieles, preparados y gozosos, habiendo cumplido con la misión que nos encomendaste. Que tu Reino sea manifestado en nosotros y a través de nosotros, para tu gloria y para el bien de toda la humanidad…

En el nombre poderoso de Jesucristo, nuestro Rey y Salvador, oramos. Amén…"

RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.
Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.
Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto…”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”

Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Osvaldo Rebolleda

El Pastor y maestro Osvaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

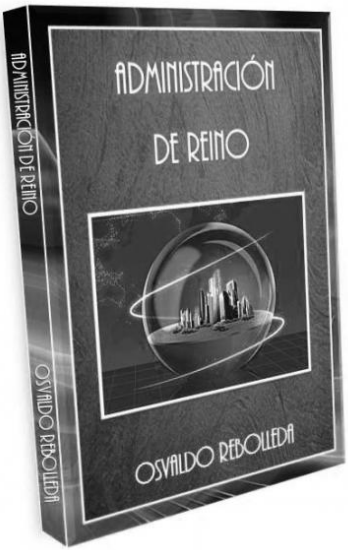
El maestro Osvaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.

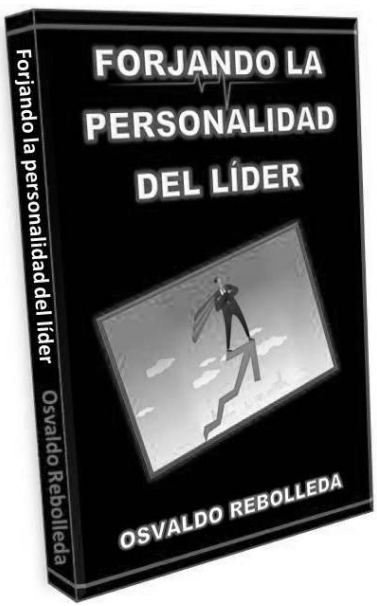
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

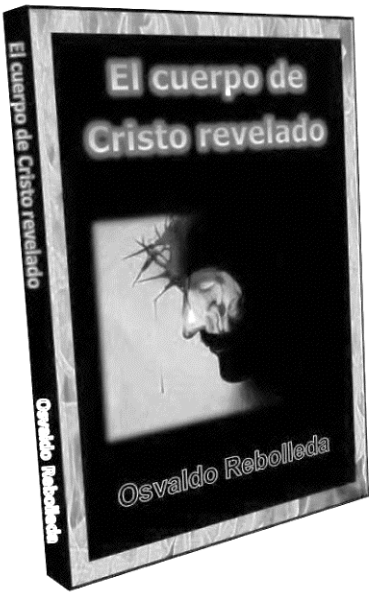
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

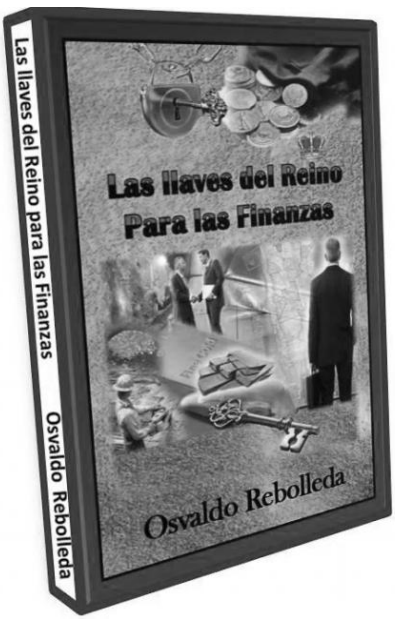


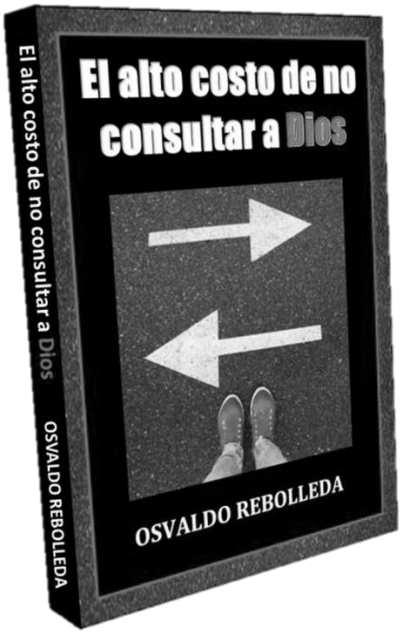
www.osvaldorebolleda.com



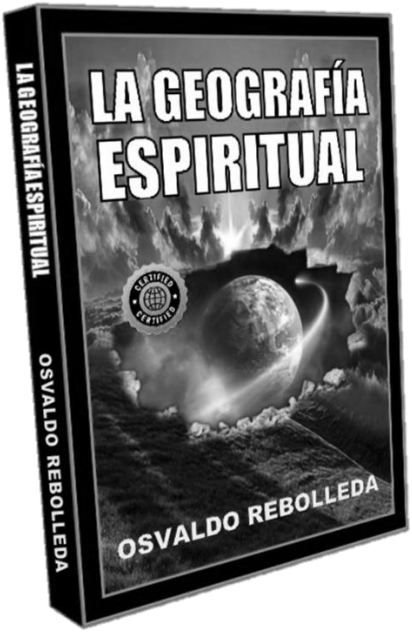


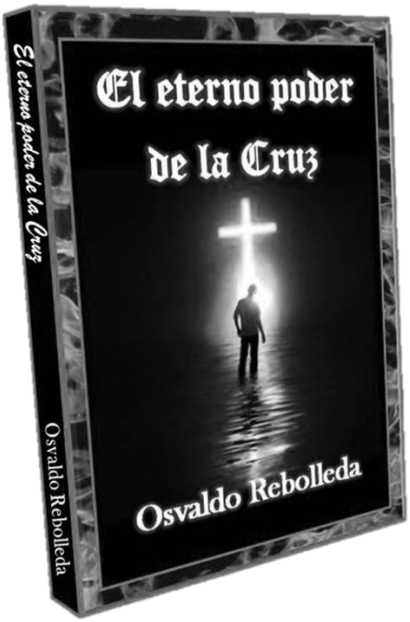
www.osvaldorebolleda.com

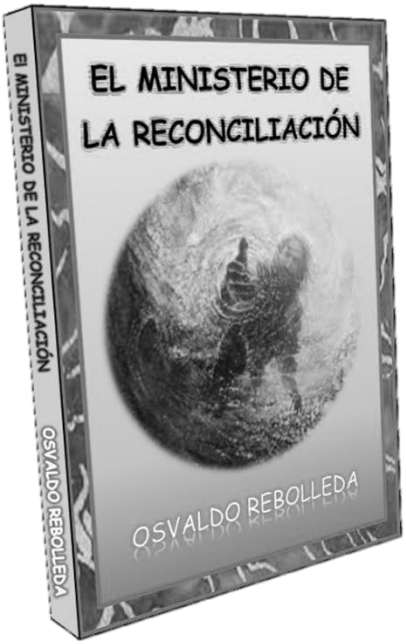


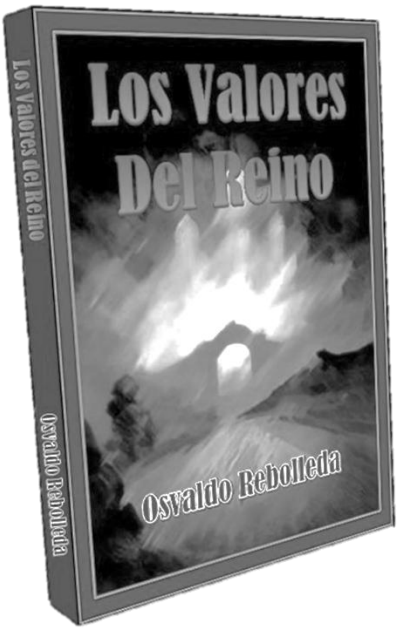
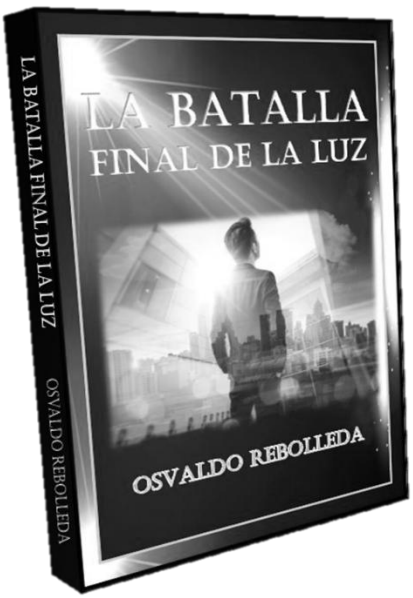


www.osvaldorebolleda.com









www.osvaldorebolleda.com